

## En torno a la verdad histórica de la Biblia

Puede servir de introducción a nuestro modesto trabajo el apotegma tomista que condensa en términos tajantes y felices el pensamiento teológico de muchos siglos, estereotipado por Santo Tomás de Aquino en esta frase: "Quidquid in Sacra Scriptura continetur verum est"<sup>1</sup>: Todo lo contenido en la Biblia es verdadero. Lo afirmamos hoy como ayer y como siempre, aunque en los entresijos del *continetur* se escondan no pocos ni leves misterios que constituyen el fondo y el nervio de la llamada Cuestión Bíblica.

En términos escolásticos podríamos hablar de contenido *material* y *formal* de la Biblia, que sería una manera de entendernos, pero preferimos volver a analizar y comentar estas expresiones, una vez que hayamos presentado al lector suficientes elementos de información y de juicio para una correcta y cabal inteligencia de las mismas.

Llegaremos al convencimiento de que son ineficaces los enunciados y las soluciones demasiado simplistas en aquellas materias que no sólo implican oscuridades derivadas de su propia naturaleza, sino que, por haber sido incorrectamente planteadas, han requerido esfuerzos seculares, hasta dar con una formulación adecuada, al compás de los avances, tanto de las ciencias bíblicas, como de otras disciplinas auxiliares.

La denominada desde el siglo XIX "Cuestión Bíblica" por antonomasia, torcedor obsesionante de los biblistas de las más diversas tendencias, es tan antigua en su esencia como la misma Biblia y ha provocado intentos y derroches de energías intelectuales que no siempre resultaron fructíferos, en parte por las dificultades intrínsecas del tema y también por no haber dado con la postura exacta del problema, cuajado de equívocos y ambigüedades.

La inmensa mayoría de los Manuales Bíblicos e incluso de los tratadistas especializados concretaron su pensamiento en la tesis tradicional de la *inerrancia* bíblica, término no muy del gusto de los investigadores modernos, por estimar que dicho enunciado destaca, con visión preferente y restringida, el lado negativo, es decir, la falta o ausencia de error en la Escritura, sin resaltar lo bastante el privilegio positivo de la Biblia, por el que la revelación escrita participa de la verdad misma de Dios que, por haberla inspirado, es su autor. Es decir, que no

---

<sup>1</sup> *Quodl.* 12, q. 17, a. 26.

ha de limitarse a afirmar que el contenido de la Biblia carece de error, sino que debe proclamarse la afirmación positiva y apremiante de su verdad, vertida en la Palabra de Dios en fuerza de ser El su autor, suprema Verdad en su esencia y en sus escritos.

Buena parte de la crítica progresiva, sin trabas teológicas, lanzada a un delirante empeño por buscar errores en la Biblia, enfrentándola con las conquistas de las ciencias naturales, históricas, etc., empujó a la mayoría de los investigadores, por otra parte encastillados en su tradicional conservadurismo, hacia posturas concordistas y apoloéticas que se prestaban a una formulación mal orientada de los problemas, desperdigando sus energías en derivaciones secundarias, sin calar en la esencia de las discusiones, perdiendo así claridad y eficacia y embarcándose en peligrosas disquisiciones, olvidando incluso a veces que la solución de un problema teológico que hunde sus raíces en el misterio, no puede alcanzarse con los recursos limitados y no siempre firmes, de la crítica mejor documentada.

Lo que ahora se nos antoja obvio y elemental, no parecería tan claro cuando los escritores pisaban terreno virgen, resultando evidente, según el testimonio de la historia, que se han necesitado muchos años y muchos ímpetus para centrar la problemática en sus claras y precisas dimensiones.

Por eso se hace necesario trazar un resumen panorámico de la historia de la Cuestión Bíblica, para persuadirnos al mismo tiempo de que la doctrina teológica ha sido y es idéntica en su contenido teológico, aunque sus expresiones ideológicas hayan revestido diversas formas, hasta dar con la fórmula correcta, legítima conquista, al menos en parte, de los tratadistas modernos, concorde en el fondo con la doctrina perenne, pero vivificada y remozada en moldes nuevos, cual corresponde al progreso de la ciencia escrituraria, empeñada en desentrañar todos los aspectos teológicos y bíblicos relacionados con la problemática de la Cuestión Bíblica <sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Amplia información bibliográfica hasta 1912 en E. MANGENOT, "Inspiration de l'Écriture": *DTC*. VII/2, 2.207-2.266; también para los años siguientes G. COURTADE, "Inspiration-Inerrance": *Dictionnaire de la Bible. Supplement* IV, 520-550; G. CASTELLINO, *L'inerranza della S. Scrittura*, Torino 1949; J. RENIE, *Manuel d'Écriture sainte* I, París-Lyon 149; A. BEA, *Institutiones biblicae*, Roma 1951, 85-98; S. del PÁRAMO, "Síntesis histórica de la cuestión bíblica desde sus orígenes hasta la Encíclica *Humani Generis*": *Estudios Eclesiásticos* 25 (1951) 435-479; L. ARNALDICH, "¿Todavía la cuestión bíblica?": *Verdad y Vida* 9 (1951) 171-208; A. M. DUBARLE, *Initiation theologique* I, París 1952, 63-71; P. BENOIT, *Initiation biblique*, París 1954, 34-44; J. COPPENS, "L'Inspiration et l'Inerrance biblique": *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 33 (1957) 36-57; J. H. CREHAN, *Verbum Dei* I, Barcelona 1956, 124-130; H. HÖFFL - L. LELOIR, *Introductio generalis in sacram Scripturam*, Roma 1958; SIMÓN-PRADO, *Praelectionum biblicarum compendium. Propaedeutica*, Madrid 1959; R. RÁBANOS, *Propedéutica bíblica*, Madrid-Salamanca 1960; M. ADINOLFI, *Ispirazione e inerranza*, Roma 1962; J. SCHILDENBERGER, "Inspiration et inerrance de la sainte Écriture": *Questions théologiques aujourd'hui*, Bruges-París 1964, 149-169; A. BARUCQ - H. CAZELLES, *Introducción a la Biblia* I, Barcelona 1965, 82-90.

No pretendemos ahondar en la complicada historia de estos problemas, sino tan sólo hacer un balance informativo que ponga en evidencia, mediante la señalación de los rasgos más representativos, la coincidencia de fondo y de ideas en todo el proceso evolutivo de la doctrina sobre la inerrancia que, sin variaciones esenciales, ha dado ya con fórmulas más depuradas o técnicas, merced a la orientación de numerosos documentos pontificios y al esfuerzo individual y mancomunado de muchos sabios.

## SUCINTA HISTORIA DE LA PROBLEMATICA DE LA INERRANCIA

### PRIMERA ETAPA: LOS ORÍGENES, LA EDAD PATRÍSTICA Y LA ESCOLÁSTICA.

Es de todos sabido que Jesucristo y los Apóstoles, mediante las fórmulas "está escrito", "dice la Escritura" y otras similares, expresan un reconocimiento y aceptación total de la autoridad y de la verdad de la divina Escritura<sup>3</sup>. Idéntico proceder y sentir se prolonga en las alegaciones y citas bíblicas de toda la literatura teológica u homilética de los primeros siglos. Esta convicción unánime de que la revelación escrita, Palabra de Dios, está exenta de todo error, es un axioma en el que se apoya sin vacilaciones toda la literatura patrística, de modo que resultaría a la vez fácil y ocioso, acumular citas y textos. No es necesario insistir sobre este hecho y su significado, como tampoco lo fue, mientras no surgieron contradictores, si bien flotaba en el ambiente. Entre los escritores cristianos no eran posibles las discusiones, debido a la coincidencia y uniformidad de pensamientos. Por eso y tan sólo a título ejemplarizador vamos a citar algunos hechos de convincente elocuencia que lógicamente surgieron en las polémicas con los judíos o paganos, más con estos, que impugnaron la verdad de la Biblia.

San Justino en su *Diálogo con Trifón*<sup>4</sup> rompe lanzas a favor de la verdad bíblica, excluyendo toda posibilidad de contradicción entre los profetas, siempre que sean correctamente interpretados. De modo similar reaccionan los paladines del Cristianismo cuando miden sus armas con adversarios paganos que no dudan en atribuir errores a la Sagrada Escritura, bien sea descubriendo contradicciones entre ambos Testamentos, entre los diversos evangelistas, etc. Son terminantes las expresiones de Orígenes en *Contra Celsum*<sup>5</sup>, San Cirilo de Alejandría en *Contra Julianum*<sup>6</sup> y en los diversos tratados de varios autores contra Porfirio<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Mt. 4, 4; 7, 10; 21, 13; Mc. 1, 2; Lc. 2, 23; Act. 13, 29; Jo. 10, 35; Lc. 24, 44.

<sup>4</sup> PG. 6, 625, Dial. 65.

<sup>5</sup> PG. 11, 641-1.632.

<sup>6</sup> PG. 76, 509-1.064.

<sup>7</sup> Cfr. L. VAGANAY, "Porphire": DTC. XII/2, 2.555-2.590 en dicha palabra

San Jerónimo abunda con reiteración y de manera más orgánica y metódica en los mismos principios. Su doctrina se halla compendiada y glosada por la autoridad de Benedicto XV en la Encíclica "*Spiritus Paraclitus*"<sup>8</sup> con abundantes citas de las obras del Santo que, al decir del Pontífice, no sólo reflejan la personal persuasión de San Jerónimo, sino que vienen a ser como un eco de la tradición universal de la Iglesia.

Más decidida y terminante es, si cabe, la postura de San Agustín. Su constante enfrentamiento con los Maniqueos, enemigos en general de la Sagrada Escritura, sobre todo del Antiguo Testamento<sup>9</sup>, le brindó oportunidades para proclamar con la máxima energía e insistencia su fe en la verdad de las Escrituras, así como para formular principios y distinciones que son como otros tantos destellos de su genio, como, por ejemplo, la diferencia entre la verdad *objetiva* y la verdad *hermenéutica*<sup>10</sup>. Sus íntimas convicciones cobran calor apasionado en la célebre polémica con San Jerónimo sobre la interpretación de Gal. 2, 11-14<sup>11</sup>. Es aún más conocido y elocuente aquel célebre texto agustiniano de la Carta a San Jerónimo<sup>12</sup> en el que con tal de eximir de error a la Biblia, apunta tres posibilidades de solución: o que el texto del códice está alterado, o que el traductor no lo entendió bien, o que él mismo no lo ha comprendido correctamente. Tan luminoso es el pensamiento de San Agustín sobre este punto que el P. Lagrange<sup>13</sup> estima que en esta cuestión supera San Agustín a San Jerónimo como exégeta y como crítico<sup>14</sup>.

Otra muestra del culto de San Agustín a la verdad de la Biblia la hallamos en un entero tratado suyo en el que con frecuencia quema sus energías tratando de salvar las aparentes contradicciones de los Evangelistas<sup>15</sup>.

Como expresión unánime de la creencia en la verdad total de la Biblia, por parte de los teólogos medievales, basta fijarse en la opinión de Santo Tomás de Aquino, que en este terreno refrenda el sentir agustiniano, que equivale a decir la doctrina tradicional y universal de la Iglesia. Al enfrentarse con las dificulta-

---

se estudian sus ideas anticristianas y las de sus contradictores, en especial San Jerónimo y San Agustín.

<sup>8</sup> *Ench. Bib.* 450-543.

<sup>9</sup> *De utilitate credendi* II, 4, PL. 42, 67-68.

<sup>10</sup> *Confes. XII*, 23, 32, PL. 32, 838-839.

<sup>11</sup> *Epist.* 40, PL. 33, 155; *Epist.* 28, PL. 33, 111-114; *Epist.* 82, PL. 33, 275-291.

<sup>12</sup> *Epist.* 82, PL. 33, 277: "...ut nullum eorum auctorum scribendo aliquid errasse firmissime credam. Ac si aliquid in eis offendero Litteris, quod videatur contrarium veritati, nihil aliud quam vel mendosum esse codicem, vel interpretem non assecutum esse quod dictum est, vel me minime intellexisse, non ambigam".

<sup>13</sup> *Epître aux Galates*, París 1918, IX.

<sup>14</sup> J. BALESTRI, *Biblicae Introductionis Generalis elementa*, Roma 1932, 436-438.

<sup>15</sup> *De consensu evangelistarum*, PL. 34, 1.041-1.230.

des de la narración genesíaca de la obra de los seis días<sup>16</sup>, adelanta su tesis fundamental: "ut veritas Scripturae inconcusse teneatur". Lo que no obsta para que determinados textos puedan prestarse a diversas interpretaciones. En su disquisición acerca del conocimiento profético<sup>17</sup> que puede producirse o por expresa revelación o por cierto *instinto occultísimo*, estima que en el primer caso "propheta maximan certitudinem habet" "Si de hoc ipse certitudinem non haberet, fides quae dictis prophetarum innititur, certa non esset". Vuelve de nuevo sobre el tema de distinguir entre la verdad de la Sagrada Escritura y la de sus intérpretes<sup>18</sup>; mientras que estos pueden equivocarse "quidquid in sacra Scriptura continetur verum est". Y califica sin ambages a los que no piensen de este modo: "qui contra hoc sentiret, esset haereticus". Sería sumamente fácil aducir otros muchos testimonios de Santo Tomás, pero bastan los dichos, como exponentes de la firme persuasión del Doctor Angélico, compartida por todos los teólogos representativos de la cultura teológica de la Edad Media.

La claridad de la materia y la coincidencia de las opiniones nos eximen del trabajo, por lo demás sencillo y placentero, de acumular textos y citas que son como un eco constante de las enseñanzas agustinianas, difundidas y actualizadas por Santo Tomás de Aquino.

#### SEGUNDA ETAPA: CONFLICTOS ENTRE LA BIBLIA Y LAS CIENCIAS.

Hubo de transcurrir mucho tiempo, todo el exigido por el desarrollo de la cultura a impulsos del Renacimiento, hasta que el evidente contraste entre las ideas bíblicas y los postulados de las renacidas ciencias llegaron a parecer irreconciliables. La posesión pacífica e indiscutida de la doctrina que excluía todo error de la Biblia duró prácticamente hasta el siglo XIX. Hubo antes casos esporádicos en que estalló el conflicto...

Uno de ellos, muy conocido, famoso y hasta explosivo, traído y llevado por incontables escritores con muy diversas miras, ocurrió en el siglo XVII cuando Galileo Galilei, con su doctrina astronómica revolucionaria sobre la estabilidad del sol en cuyo alrededor gira la tierra, provocó la intervención del Santo Oficio<sup>19</sup>. No vamos a entrar en el examen del hecho, ni en el sentido y valor de la condenación romana, pero sí hemos de reconocer que se trata de un enfrentamiento inevitable entre la astronomía científica y la de la Sagrada Escritura, quedando comprometida la inerrancia. Pero no deja de ser un caso aislado, como lo fue la opi-

<sup>16</sup> I<sup>a</sup>, q. 68, a. 1.

<sup>17</sup> II<sup>a</sup> II<sup>ae</sup>, q. 171, a. 6.

<sup>18</sup> *Quodl.* 12, q. 17, a. 26.

<sup>19</sup> Puede verse el resumen de esta cuestión y un sucinto y ponderado examen de los hechos y del Decreto en A. FERNÁNDEZ, *Institutiones Biblicae*, Roma 1951, 476-477.

nión de Galileo en su tiempo y en todo caso la del agustino Fr. Diego de Zúñiga<sup>20</sup> que también es mencionado en el Decreto.

El conflicto espectacular, virulento y masivo, se produjo a partir del siglo XIX, cuando las deslumbrantes conquistas de las ciencias amenazaban la hasta entonces maciza solidez de las ideas bíblicas y teológicas tradicionales. Las hipótesis cosmogónicas, las ideas sobre la constitución del mundo, etc., enfrentaban sin remedio las ciencias naturales con la inerrancia de la Biblia.

Pronto se ampliaron los horizontes de la discusión, entrando en liza las disciplinas históricas, merced a los descubrimientos sensacionales de la arqueología, de las excavaciones, de la literatura de los pueblos orientales, etc. Las contradicciones, al menos aparentes, surgieron en bloque, de manera alarmante y concreta. El valor histórico, no ya sólo de los Evangelios, sino también de casi todos los libros históricos del Antiguo Testamento fue puesto en tela de juicio con lujoso alarde de medios, manejados con desenfado por la crítica histórica.

Ciertos teólogos ultraconservadores, aferrados a las ideas tradicionales, se mostraron reacios a dialogar o discutir con los abanderados de las nuevas doctrinas que deslumbraban a muchos por su novedad y aspecto científico, creciendo en proporciones alarmantes el número de sus adeptos. Fueron los menos.

La inmensa mayoría, sin abdicar de las posiciones seculares y dogmáticas fieles a la inerrancia bíblica, se aprestaron a buscar soluciones, componendas, aproximaciones, posturas concordistas en las que salieran bien paradas tanto la inerrancia bíblica como las hipótesis científicas que se estimaban como verdades comprobadas e intangibles.

Los apologistas de la Biblia descendieron al terreno de las ciencias, con innegable celo y ardor, sin adivinar los posibles riesgos estratégicos de plantear la lucha en peligroso terreno enemigo<sup>21</sup>.

Este descenso a la palestra de las discusiones para dirimir cara a cara las divergencias entre las ideas bíblicas y las conclusiones científicas, desfiguraba el planteamiento correcto de estas tesis, según veremos.

Por otra parte, los llamados críticos que daban culto a los avances de la ciencia, no dudaron en combatir o negar la inerrancia bíblica e incluso la inspiración de la Sagrada Escritura. La situación, tal como estaba planteada, resultaba en verdad embarazosa para los autores y defensores de la doctrina clásica. No se podía restringir la inspiración y por consiguiente la inerrancia a las cosas de fe y de costumbres, desentendiéndose de las cosas científicas, dado que el autor e inspirador de toda la Escritura es Dios. No podía admitirse ningún error. Ya

<sup>20</sup> Ilustre escritor renacentista del s. XVI, defensor y propagador en España de las ideas de Copérnico.

<sup>21</sup> Cfr. amplia información y selecta y extensa bibliografía en G. COURTADE, "Inspiration et inerrance": *Dictionnaire de la Bible. Supplement* IV, 520-559.

advertía Renán a este respecto que, aunque los apologistas en sus mil escaramuzas con los críticos, salieran victoriosos en la inmensa mayoría de los casos, con que fracasaran en una sólo, bastaría para negar la tesis de la inspiración<sup>22</sup>.

Nos encontramos así con que los apologistas de la doctrina tradicional y los críticos de tendencia racionalista, partiendo de premisas opuestas, medían sus armas en el mismo terreno.

No descendemos a más detalles sobre las fricciones de la Biblia con las ciencias físicas y naturales, por no encajar en nuestro propósito de concretarnos a las ciencias históricas, pero sí queremos recordar los esfuerzos, sin duda bien intencionados, aunque baldíos, de quienes pretendieron aplicar a la historia los principios de solución apuntados por León XIII en la Encíclica "*Providentissimus*" (1893), o bien distinguiendo en la Escritura elementos primarios y secundarios, o bien admitiendo el sistema llamado de las apariencias históricas que, además de ser insostenible en sí mismo, se basaba en la errónea interpretación de unas palabras del citado Pontífice, como lo hizo notar expresamente Benedicto XV en la Encíclica "*Spiritus Paraclitus*" (1920)<sup>23</sup>.

De las dificultades nacidas del cotejo con las ciencias físicas, se pasó pronto a las de orden histórico, mucho más complicadas y de innegable transcendencia teológica por la vinculación de muchos temas históricos con las verdades sustanciales de la fe católica.

### LOS TEOLOGOS Y ESCRITURARIOS CATOLICOS ANTE LA CUESTION BIBLICA

El ataque aparatoso y simultáneo contra la verdad de la Biblia, desde los más diversos ángulos, creó una situación comprometida y embarazosa a la teología y a la exégesis de fines del siglo XIX. Fue todo tan rápido y tan sobrecogedor que no hemos de maravillarnos de que se produjera cierto clima de angustia. A excepción de unos autores encastillados en sus antiguas posiciones que miraban con desdén las conclusiones de las ciencias, otros muchos, los mejor informados y los más realistas, se aprestaron a buscar soluciones, acaso con más celo y voluntad que fortuna. Así lo vemos ahora desde la atalaya de más de medio siglo de disputas y clarificaciones, reconociendo que el esfuerzo fue ingente y que aquellos obreros de la primera hora debieron desbrozar terrenos nuevos, con grandes peligros y dificultades. No se distinguieron bien, al principio, las nociones de inspiración y de inerrancia, ni tenían a mano aquellos hombres una terminología técni-

<sup>22</sup> E. RENAN, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, París 1883, 5, 4 al final.

<sup>23</sup> *Ench. B.* 123, 453-458.

ca y adecuada que reflejara con precisión sus ideas y eliminara con eficacia los riesgos del confusiónismo.

Se creyó que podía restringirse la inspiración a las cosas de fe y de costumbres<sup>24</sup>; que, por lo menos, podían quedar al margen de la inspiración las "cosas sin importancia", las "obiter dicta"<sup>25</sup>; se propuso la teoría de las "citas implícitas"<sup>26</sup> que liberaba de responsabilidad a la Biblia, cargando la solvencia a los documentos o fuentes; se habló de la verdad *relativa* de la Escritura en sentido católico<sup>27</sup> y con evidente tendencia modernista<sup>28</sup>; se formularon los primeros esbozos de la fecunda teoría de los géneros literarios<sup>29</sup>; se pensó en la eficacia del sistema denominado "de las apariencias históricas"<sup>30</sup>, aplicando a la historia los mismos principios de las ciencias físicas.

El Magisterio de la Iglesia fue encauzando las discusiones y canalizando la doctrina verdadera, mediante decretos, respuestas y Encíclicas, según veremos más adelante. Sin la autoridad, el tacto y la oportuna intervención de la Iglesia no hubiera sido fácil dar con soluciones acertadas, siendo tan arriesgada la empresa, tan diversos los criterios y tan enconadas las discusiones.

No sería justo silenciar el nombre del P. Lagrange (con frecuencia citado en la bibliografía) cuya contribución al estudio y a la búsqueda de soluciones fue ingente, pletórica de sabiduría crítica, saturada de atisbos geniales cual convenía a un hombre preparado como ninguno y aureolado de una erudición pasmosa. Si no siempre le acompañó la suerte o el acierto, fue ejemplarmente sumiso y humilde, aunando la valentía y la originalidad de sus doctrinas con la obediencia incondicional a la Jerarquía de la Iglesia. En su revista "Revue Biblique" y en multitud de libros formativos y densos sobrevive el impercedero monumento a su memoria.

A pesar de todo, se acumulaban las dificultades, era en extremo difícil la formulación correcta de los problemas, premisa necesaria para encontrar principios sólidos y fecundos que derramaran luz a puntos tan intrincados y difíciles. Así lo acreditó la experiencia y lo respaldó la historia. Luego hablaremos de la eficaz intervención clarificadora de los documentos eclesiásticos que tanto han

<sup>24</sup> F. LENORMANT, *Les origines de l'histoire d'après la Bible et les traditions des peuples orientaux*, Paris 1880.

<sup>25</sup> Card. NEWMAN, *What is of obligation for a Catholic to believe concerning the inspiration of the Canonical Scriptures?*, London 1884.

<sup>26</sup> F. PRAT, *La Bible et l'histoire*, Paris 1904 y muchos trabajos en la revista *Études*, a partir de 1901.

<sup>27</sup> D. ZANECCHIA, *Scriptor sacer sub divina inspiratione*, Roma 1903, 84-91.

<sup>28</sup> A. LOISY, *Études Bibliques*, Paris 1901.

<sup>29</sup> F. DE HUMMELAUER, *Exegetischen zur Inspirationsfrage*, Freiburg in B. 1904. M. J. LAGRANGE, *La méthode historique surtout a propos de l'Ancien Testament*, Paris 1903.

<sup>30</sup> L. FONCK, *Der Kampf um die Wahrheit der hl. Schrift*, Ynnsbruck 1905, 86-113 que da abundante bibliografía; M. LAGRANGE, *Revue Biblique* 1906, 149 s.

contribuido a la solución de muchos problemas, aunque en fuerza del misterio con que topamos, sigan en pie muchos interrogantes que seguirán solicitando el trabajo y la respuesta de los mejores especialistas contemporáneos y futuros. Por algo es la Biblia un libro divino que Dios brinda a la meditación y al estudio de los hombres.

### DOCUMENTOS PONTIFICIOS ORIENTADORES

La Jerarquía eclesiástica que siempre tuvo conciencia de sus deberes, como heredera del pueblo de Israel e institución de Jesucristo, en cuanto depositaria de las divinas Escrituras y de sus poderes en lo tocante a la legítima interpretación de las mismas, reaccionó siempre al compás de los acontecimientos y según lo requerían la necesidad o la conveniencia de evitar desviaciones en puntos esenciales de la doctrina católica. Señalaremos los documentos fundamentales que, al mismo tiempo que proclaman la solicitud maternal de la Iglesia, son el exponente de la participación esencial de la misma en la eliminación de los errores y en el encauzamiento racional y sensato de las polémicas más apasionadas y más peligrosas.

#### a) ENCÍCLICA "PROVIDENTISSIMUS", DE LEÓN XIII, 18 DE NOVIEMBRE DE 1893 <sup>31</sup>.

Su argumento general se refiere a los estudios de la Sagrada Escritura. La luminosidad expositiva y el acopio doctrinal de este célebre documento pontificio supuso un acontecimiento que supieron valorar quienes se movían en la vorágine de aquella coyuntura histórica. Por aquellos años en que iban ya tomando cuerpo las opiniones más o menos adversas a la inerrancia bíblica, por la incompatibilidad, al menos aparente, de los descubrimientos de las ciencias físicas, literarias e históricas con los datos ofrecidos por la Biblia, León XIII aconsejaba a los investigadores católicos el conocimiento y cultivo de estas mismas ciencias con fines apologeticos, recomendaba suma prudencia en la valoración de ciertos principios basados en ideas filosóficas discutibles o falsas, describía y proclamaba el hecho y la naturaleza de la inspiración bíblica. Descendía a consideraciones prácticas, proclamando con firmeza el hecho de la inerrancia <sup>32</sup>. Se detiene, sobre todo, en la discusión más actual y espinosa de aquel tiempo: el conflicto entre la Biblia y las ciencias físicas <sup>33</sup>. El teólogo y el naturalista deben respetarse sus propias

<sup>31</sup> *Ench. B.* 81-134.

<sup>32</sup> *Ench. B.* 125.

<sup>33</sup> *Ench. B.* 120-121.

fronteras. Como principio general de solución y sin rechazar el concordismo, adelanta el pensamiento agustiniano, recogido por Santo Tomás<sup>34</sup>, de que los autores sagrados no intentaron describir la naturaleza íntima de las cosas físicas, sino tan sólo las apariencias o fenómenos que captaron sus sentidos. Aconseja luego que, de semejante manera, se hagan esfuerzos e investigaciones para lograr la armonía de la Biblia con otras disciplinas, particularmente con la historia<sup>35</sup>. Estas palabras, como ya dijimos fueron mal interpretadas y fue preciso que Benedicto XV en su Encíclica "Spiritus Paraclitus" aclarara de modo auténtico el legítimo pensamiento de León XIII<sup>36</sup>.

#### b) OTRAS INTERVENCIONES PONTIFICIAS O DE LA COMISIÓN BÍBLICA.

El 13 de febrero de 1905 la Pontificia Comisión Bíblica aquilata el valor de la teoría de las "citas implícitas", haciendo prácticamente ineficaz su aplicación<sup>37</sup>.

El 23 de junio del mismo año rechaza la doctrina sobre los relatos bíblicos históricos tan sólo en cuanto a las apariencias<sup>38</sup>.

El 29 de mayo de 1907 defiende la verdad histórica del Evangelio de San Juan<sup>39</sup>.

El Decreto "*Lamentabili*" de la Suprema Congregación de la Santa Inquisición, fechado en 3 de julio de 1907 recuerda los principales errores del Modernismo, así como la Encíclica "Pascendi", de Pío X, del 8 de septiembre de 1907, que insiste sobre el mismo tema, inculcando la verdadera doctrina sobre la inspiración, recuerda errores pasados y se refiere a los problemas históricos de la Biblia<sup>40</sup>.

La Pontificia Comisión Bíblica defiende el 30 de junio de 1909<sup>41</sup> el carácter histórico de los tres primeros capítulos del Génesis.

El 19 de junio de 1911 proclama la verdad histórica del Evangelio de San Mateo<sup>42</sup>.

El 26 de junio de 1912 defiende la verdad histórica de los Evangelios de San Marcos y de San Juan<sup>43</sup>.

Lo mismo hace el 12 de julio de 1913 con relación al libro de los Hechos de los Apóstoles<sup>44</sup>.

<sup>34</sup> *S. Th.* I, q. 70, a. 1, ad 3.

<sup>35</sup> *Ench. B.* 123.

<sup>36</sup> *Ench. B.* 457-458.

<sup>37</sup> *Ench. B.* 160.

<sup>38</sup> *Ench. B.* 161.

<sup>39</sup> *Ench. B.* 189.

<sup>40</sup> *Ench. B.* 271-282.

<sup>41</sup> *Ench. B.* 336-342.

<sup>42</sup> *Ench. B.* 393-394.

<sup>43</sup> *Ench. B.* 402-403.

<sup>44</sup> *Ench. B.* 410.

- c) ENCÍCLICA "SPIRITUS PARACLITUS", DE BENEDICTO XV, 15 DE SEPTIEMBRE DE 1920.

Se propone exaltar la figura de San Jerónimo en el décimo quinto Centenario de su muerte. Gran parte de la Encíclica está consagrada al recuerdo de las actividades del santo Doctor y al comentario de su doctrina teológica y, sobre todo, escrituraria. Rectificada la tendencia al concordismo como medio para resolver los conflictos entre la Biblia y las ciencias naturales e históricas, se había entendido mal, por algunos, la célebre expresión de León XIII a que ya hicimos referencia. Pensaron estos que la teoría de las "apariencias históricas" serviría para librar a la Biblia de los erdores históricos que se achacaban. Tras reiterar, recordando las enseñanzas de San Jerónimo, su persuasión sobre la inspiración de la Sagrada Escritura<sup>45</sup>, su íntimo convencimiento de que la Biblia no puede contener error<sup>46</sup>, rechaza la opinión insostenible de quienes restringen la inspiración al elemento primario o religioso, pudiendo haber errores en las cosas profanas<sup>47</sup>. A continuación, reprueba la abusiva interpretación de las palabras de León XIII en que aconsejaba, según ellos, aplicar los principios de solución, válidos para las ciencias físicas (distinción entre las apariencias sensibles y la verdad o naturaleza íntima de las cosas) a otras disciplinas, entre ellas las históricas. Benedicto XV puntualiza lo que quiso decir y dijo León XIII: que deberían realizarse semejantes esfuerzos para eliminar las contradicciones en otras materias<sup>48</sup>. Con razón exclama el P. F. de Hummelauer<sup>49</sup>: "¿Qué sería una historia según las apariencias?". La Encíclica reprueba con claridad y firmeza esta doctrina<sup>50</sup>. En efecto, una historia tan sólo en apariencia, dejaría de ser historia, ya que ésta exige una conformidad esencial con los hechos, mientras que las apariencias pueden ser engañosas e inducir a error.

- d) ENCÍCLICA "DIVINO AFFLANTE SPIRITU", DE Pfo XII, 30 DE SEPTIEMBRE DE 1943.

Supone un avance pasmoso con relación a los documentos precedentes. Los cincuenta años transcurridos desde la "*Providentissimus*" habían sido testigos de muchos esfuerzos y de progresos gigantescos en el campo de la crítica histórica y esta Encíclica los recoge y los aprovecha. Para eliminar los supuestos errores

<sup>45</sup> *Ench. B.* 448.

<sup>46</sup> *Ench. B.* 451.

<sup>47</sup> *Ench. B.* 454-455.

<sup>48</sup> *Ench. B.* 456-458.

<sup>49</sup> F. de HUMMELAUER, *Exegetisches zur Inspirationsfrage*, Freiburg i. B. 1904. Para el examen crítico de esta hipótesis, vid. G. CORTADE, "Inspiration, l'inerrance et l'histoire": *Dictionnaire de la Bible. Supplement IV*, 546-548.

<sup>50</sup> *Ench. B.* 460.

históricos de la Biblia, hay que tener en cuenta los modos de contar la historia entre los antiguos<sup>51</sup>. Por tanto, el problema de la inerrancia se transforma en problema de crítica literaria, ya que se reconoce la posibilidad de distintos géneros literarios, cuya verdad es preciso estudiar y aquilatar. Tal debe ser el esfuerzo y el intento de los estudiosos: no cejar en la búsqueda y en el empleo de los abundantes medios que ofrece la crítica en su actual y futuro desarrollo para ofrecer a la teología los recursos que eliminen toda contradicción entre la historia profana y la bíblica.

Tal luminoso principio suponía encauzar la discusión, señalando con precisión y acierto el verdadero *status quaestionis* del problema. Por eso, a partir de este documento, cambia el planteamiento de toda la problemática que gira en torno a los temas históricos, con buenos auspicios para las investigaciones posteriores, como puede apreciarse revisando las doctrinas y los sistemas expositivos de buen número de Manuales Bíblicos que se convierten en voceros de las nuevas ideas que predominan entre los especialistas en la materia. No es que esté todo solucionado, porque el hecho de haber empezado a andar por buen camino, no elimina las dificultades, sobre todo de orden práctico, que surgen al intentar la aplicación de dichos principios.

e) LAS NUEVAS TENDENCIAS DE LA CRÍTICA LITERARIA, INCORPORADAS AL ESTUDIO DE LOS PROBLEMAS DE LA INERRANCIA.

No pretendemos examinar todos los estudios, sino fijarnos tan sólo en algunos que nos parecen particularmente representativos.

G. COURTADE<sup>52</sup> (1949).—Trata por extenso los problemas de la inerrancia y señala los siguientes principios que tienen muy en cuenta el estudio literario de los textos bíblicos. Explica y razona cada uno de ellos con gran conocimiento de causa:

- I. Hay que distinguir en el autor sagrado entre el hombre privado, sujeto error y el escritor que, por estar inspirado, es infalible.
- II. Es necesario tener en cuenta los modos que usan generalmente los hombres para expresarse.
- III. Es preciso conceder el valor que le corresponde al genio oriental y a las características peculiares de las lenguas semíticas.

<sup>51</sup> *Ench. B.* 560: "Cognitis igitur accurateque aestimatis antiquorum loquendi scribendique modis et artibus, multa dissolvi poterunt, quae contra Divinarum Litterarum veritatem fidemque historicam opponuntur..."

<sup>52</sup> "Inspiration et inerrance": *Dictionnaire de la Bible. Supplement IV*, 530-558.

- IV. Hay que tener muy presente la gran importancia de los géneros literarios.
- V. Debe darse el debido relieve al carácter peculiar de cada escritor.
- VI. Es oportuno e importante recordar que el escritor no siempre intenta hablar de las cosas tal como son en sí mismas.

H. HÖPFL-GUT<sup>53</sup> (1950).—Dedica notable espacio al modo de entender la inerrancia bíblica.

1. Inerrancia de los asertos del hagiógrafo en cuanto tal (como inspirado).
2. La inerrancia debe relacionarse con el sentido intentado por el hagiógrafo: a este respecto, destaca la atención que debe prestarse a los géneros literarios, habida cuenta de las orientaciones de la Encíclica "Divino afflante Spiritu" de Pío XII.

3. Habla en general de las relaciones entre la Sagrada Escritura y las ciencias profanas.

4. Resulta interesante, sobre todo, el largo espacio consagrado a "La Sagrada Escritura y la Historia": a) expone y rechaza la teoría de la historia según las apariencias; b) examina con especial detenimiento los géneros literarios, según las ideas del P. de Hummelauer, admitiendo que el principio es fecundo, pero que debe aplicarse con limitaciones y prudencia.

5. Termina exponiendo y refutando la teoría de las "citas implícitas".

A. BARUCQ y H. CAZELLES<sup>54</sup> (1965).—Empiezan destacando que la inerrancia es una consecuencia ineludible de la inspiración. Esta doctrina fue aceptada sin vacilaciones por el Judaísmo y por la Iglesia. Al enfrentarse con las conclusiones de los descubrimientos modernos intervino la Iglesia, defendiendo la doctrina tradicional, de modo más explícito y solemne en las Encíclicas ya comentadas.

Recuerdan que la inerrancia se refiere a los textos originales, por lo que hay que aquilatar el estado de conservación de cada texto con el auxilio de la crítica textual.

Enumeran algunas leyes del lenguaje humano:

1. Diferencia entre el significado general de cada palabra y su sentido en cada caso concreto.

2. Hay que precisar el sentido de cada proposición, según quien hable y según el contexto inmediato.

3. Importancia del pensamiento general de cada libro, teniendo muy en cuenta el género literario de cada escrito.

<sup>53</sup> *Introductio Generalis in Sacram Scripturam*, Neapoli-Roma 1950.

<sup>54</sup> A. ROBERT-A. FEUILLET, *Introducción a la Biblia* (versión española), Barcelona 1965. El tratado de la inspiración y de la inerrancia es de los citados profesores del Instituto Católico de París.

Concluyen: la verdad no está, ni en las palabras, ni en las frases, consideradas aisladamente, sino en los *juicios*. Para penetrar en ellos hay que colocarse en la misma perspectiva que el autor y compenetrarse de su sentido religioso.

#### APLICACIONES A LOS PROBLEMAS DE ORDEN HISTÓRICO.

A) Eliminan la teoría de las apariencias, válida para zanjar las dificultades provenientes del campo de las ciencias naturales, pero no para los conflictos con la historia.

B) La Religión Judeocristiana está íntimamente ligada a la historia. La Escritura es un testimonio histórico de la acción de Dios con los hombres. Pero la preside un pensamiento religioso, al que están subordinadas las *historias humanas*. Por eso no necesitan, ni pretenden acumular detalles en torno a cada hecho humano. Por tanto, la Biblia consigna la historia de la revelación, es un libro sobre todo religioso y teológico.

#### LOS GÉNEROS LITERARIOS COMO EXPRESIÓN DEL PENSAMIENTO DIVINO.

1. Recuerdan las anotaciones y sugerencias de la Encíclica "Divino afflante Spiritu" sobre las formas de escribir de los antiguos y de los orientales.

2. Las clasificaciones actuales de los géneros históricos se ajustan a nuestra mentalidad pero no a la de los antiguos. Los historiadores hebreos mezclan hechos reales e imágenes para ofrecer las dimensiones religiosas de sus relatos. El juicio *teórico* del autor es la verdad que se pretende expresar; el juicio *práctico* es el género literario elegido. Sobre éste recae ciertamente la inspiración.

3. La cuestión de los géneros literarios rebasa la de la historicidad o no historicidad de los libros santos. La determinación de los géneros literarios es hoy día una necesidad, no sólo para la apologética, sino también para la comprensión de la palabra de Dios, para captar los juicios del hagiógrafo y penetrar en el pensamiento divino. Hay que descubrir, no tanto el género literario, como el modo de ser utilizado.

Concluyen: es preciso desplegar y poner en juego todos los recursos de la inteligencia humana, en forma de crítica textual, literaria e histórica, para descubrir la verdad divina. Dado que los libros santos son inspirados y que la Iglesia es su depositaria e intérprete, habrá que tener en cuenta sus reglas y orientaciones para usar correctamente estos métodos y alcanzar el verdadero sentido de la Biblia.

## OTROS PRINCIPIOS DE SOLUCION APORTADOS POR LA INVESTIGACION MODERNA

Dado que la Biblia es la Palabra de Dios y que llega a los hombres por intermedio de los escritores inspirados, resulta evidente: 1.º Que la Biblia contiene la revelación y, 2.º que ésta nos llega por medio de los escritores.

### A) LA VERDAD DE LA REVELACIÓN.

I. OBJETO FORMAL DE LA REVELACIÓN.—Dios se ha puesto en comunicación con el hombre mediante su Palabra, que es el lenguaje del hombre, pero que es portadora de un misterio: el de la salvación del hombre. Este es su objeto formal y lo es también de la revelación divina. El centro en torno al que se articulan las verdades y los modos de expresión, es Jesucristo, prefigurado en el Antiguo Testamento y descrito y estudiado en el Nuevo. El diálogo secular entre Dios y el hombre, a través de la Escritura, se desarrolla en circunstancias concretas de tiempo, de cultura, paralela e íntimamente ligado a la historia de un pueblo y que va perfilando progresivamente los caracteres de su figura fundamental y central por medio de los profetas, el propio Cristo y sus Apóstoles. Los mismos escritores viven el misterio que transmiten. Con la inspiración divina describen fielmente y van desvelando las modalidades del misterioso diálogo entre Dios y los hombres: Supuesta dicha unidad de objeto que se centra en el *misterio de salvación*, las realidades de orden natural, históricas, morales, etc., aunque tengan su razón de ser humana, son al mismo tiempo medios para expresar y reflejar un misterio salvador. La revelación divina tiene un objeto formal bien definido. Así hay que enfocar la investigación de las verdades bíblicas en todos los terrenos. Así lo entendió ya Santo Tomás de Aquino, aunque hable sólo de la profecía<sup>55</sup>.

II. PEDAGOGÍA DE LA DIVINA REVELACIÓN.—Dios se ha manifestado progresivamente a los hombres, sirviéndose de hechos históricos y de palabras humanas a través de los cuales ha ido desgranando el misterio de la salvación. Los escritos se hacen gradualmente más claros y expresivos a medida que se acercan a Cristo. Son evidentes las diferencias y grados de expresión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, como se distinguen las sombras de la luz. Ni todos los escritores del

---

<sup>55</sup> *De veritate*, XII, 2: "Omnia illa quorum cognitio potest esse utilis ad salutem sunt materia prophetiae, sive sint praeterita, sive futura, sive arterna, sive necessaria, sive contingentia. Illa vero quae ad salutem pertinere non possunt, sunt extranea a materia prophetiae... dico autem necessaria ad salutem, sive sunt necessaria ad instructionem fidei, sive ad informationem morum".

Antiguo Testamento transmiten la revelación con la misma claridad y con las mismas fórmulas, ni los del Nuevo lo hacen de manera uniforme cuando se refieren a la obra realizada y cumplida por Jesucristo. Para entender el misterio de Cristo, ya realizado, hay que atender al conjunto de toda la Escritura o literatura neotestamentaria<sup>56</sup>. Todos escriben con la misma intención y miran derechamente al mismo fin<sup>57</sup>, pero refieren aspectos parciales, o lo hacen de forma más o menos profunda o perfecta. No puede investigarse la verdad de cada texto de forma inconexa o aislada, sino en relación con el conjunto de la revelación divina y de su desarrollo gradual y progresivo.

## B) LA REVELACIÓN POR CONDUCTO DE LOS HAGIÓGRAFOS.

I. DOBLE PERSONALIDAD DEL ESCRITOR SAGRADO.—Dado que el escritor no recibe el carisma de modo habitual, sino en cada caso particular y de manera transitoria, es posible que a veces manifieste su opinión personal y otras transmita el pensamiento divino. Es clásico a este respecto el caso del profeta Natán<sup>58</sup> que aconsejó a David dos veces en sentido opuesto sobre el mismo asunto. Se impone, por tanto, el utilizar los medios oportunos para conocer la mente o la intención del escritor, según el género literario, o con la ayuda de los recursos suministrados por la crítica literaria. Tampoco hay que olvidar lo ya dicho sobre los peligros de interpretar de modo aislado los textos, ya que su contenido forma parte del conjunto de la revelación. También es oportuno recordar que, lo que el escritor enseña, lo enseña también Dios que le inspira, aunque lo haga a través de las condiciones humanas y psicológicas concretas del autor humano.

II. TENOR GRADUAL DE LAS AFIRMACIONES DEL ESCRITOR.—He aquí otra consideración importante que se ha de tener muy en cuenta a la hora de investigar la verdad de la Biblia. Esta es, según lo proclamamos a boca llena, Palabra de Dios. Pero no pensemos que se trate de un monólogo en el que Dios sólo vierte sus enseñanzas. Es más bien un diálogo en el que el hagiógrafo tiene también su parte y habla a su manera, valiéndose de un lenguaje que no sólo refleja las formas literarias entonces en uso, sino también la vida y la fe de un pueblo que vive y expresa sus creencias con arreglo a las posibilidades de su cultura, de su desarrollo social y de su constante y complicada evolución humana.

Por lo tanto, aunque la divina inspiración respalde en su totalidad la verdad

<sup>56</sup> N. LOHFINK, "Über die Irrtumlosigkeit und die Einheit der Schrift": *Stimmen der Zeit* 176 (1964) 173-181: no se puede decir que la Escritura esté exenta de error, sino a condición de considerarla como un todo y sus afirmaciones parciales en función de dicha totalidad.

<sup>57</sup> P. GRELOT, *Sens chrétien de l'Ancien Testament*, Tournai 1962, 143-150.

<sup>58</sup> 2 Sam. 7, 3 s.

de cuanto escribe el autor humano, es preciso recordar que ambos interlocutores, Dios y el hombre, tienen sus intervenciones y que cuando toma la palabra el hombre, vuelca en sus escritos las realidades vividas por él y por su pueblo, ofreciéndonos una experiencia humana real, palpitante y vivida que tiene sus propios matices y contribuye a descubrir su mentalidad y las relaciones que guarda con el misterio de la salvación.

De acuerdo con que esto no siempre resulta fácil, pero ello no desvirtúa la realidad de este principio. Cuando el autor habla claramente en nombre de Dios, no hay problema. La Pontificia Comisión Bíblica declaró el 18 de junio de 1915 que "las afirmaciones, enunciadas e insinuaciones del hagiógrafo han de considerarse como del Espíritu Santo"<sup>59</sup>. Bien claro está que pueden darse afirmaciones categóricas, probabilidades cuyo grado de afirmación viene a ser como el índice o el termómetro de su certeza. No insistimos en otras facetas de este enunciado, porque lo hacemos ya en otra parte. Por lo demás, es necesario para pulsar y descubrir el grado de afirmación del hagiógrafo, apelar a muchos y complejos recursos psicológicos y literarios, en especial cuando se quieren basar en dichos textos conclusiones o consecuencias de índole dogmática<sup>60</sup>.

## LA VERDAD FILOSOFICA, HISTORICA Y BIBLICA

### LA ESCRITURA Y LA FILOSOFÍA.

Nos parece que está fuera de duda que el concepto científico y filosófico de verdad no debe aplicarse en la misma línea a la verdad de la Sagrada Escritura, que es lo que directamente nos interesa.

Con ello no prejuzgamos la respuesta que deba darse al interrogante moderno sobre la posible existencia de una metafísica escrituraria<sup>61</sup>. Es evidente que no existe en la Biblia ningún sistema orgánico de explicación racional del mundo y de las cosas elaborado reflexivamente, al modo de los de Platón, Aristóteles, etc. Es posible que de modo circunstancial, esporádico, no sistemático, se encuentren algunas expresiones, por ejemplo, en el Libro de la Sabiduría, o en algunas Epístolas paulinas, que, por excepción, tengan resonancias de determinadas ideas filosóficas.

<sup>59</sup> *Ench. B.* 433, a propósito de la segunda venida de Jesucristo en las Epístolas paulinas.

<sup>60</sup> A. MORETTI, "De scripturarum inerrantia et de hagiographis opinantibus": *Divus Thomas* 62 (1959) 32-68; M. de TUYA, "La inerrancia bíblica y el hagiógrafo opinante": *Estudios Eclesiásticos* 34 (1960) 339-347; J. COPPENS, "L'Inspiration et l'Inerrance bibliques": *Ephemerides Theologicae Lovanienses* 33 (1957) 36-57.

<sup>61</sup> P. GRELOT, *La Bible, Parole de Dieu*, Tournai 1965, 109-111.

Pero, no olvidemos que el lenguaje bíblico, hebreo, arameo o griego, como transmisión de la revelación divina, ofrece un carácter singular, específico y normativo que, por influjo de la misma revelación, le da una categoría singular, a base de expresiones y símbolos que encierran un contenido doctrinal que es la expresión auténtica del pensamiento divino <sup>62</sup>.

Sus medios expresivos son plásticos, concretos y característicos, sin asomos de recursos abstractos, por lo que tienen un sello peculiar y único que no concuerda con el lenguaje de ningún sistema filosófico.

Otra cosa es que los teólogos y filósofos cristianos hayan intentado encerrar la ideología bíblica en fórmulas filosóficas, para hacer asequible la revelación a los paganos que desconocían las realidades escriturarias y que debían esforzarse por entenderlas con la ayuda de las expresiones filosóficas que les eran familiares. Las palabras de Jesucristo, de sus profetas y de sus Apóstoles, eran humanas, pero portadoras, a la vez, de una ideología trascendente y enriquecidas con un valor normativo que no pudieron adivinar los filósofos paganos <sup>63</sup>.

En cierto sentido, de forma aislada y circunstancial, cabe descubrir en la Escritura ciertos elementos o atisbos filosóficos que pueden ser punto de arranque para una concepción filosófica *sui generis*.

Ya Santo Tomás avizoró tales posibilidades al escribir sobre el conocimiento profético <sup>64</sup>. Así entendidas las cosas, hablan ciertos autores de una metafísica bíblica que caracteriza el pensamiento de los Padres de la Iglesia y de los filósofos cristianos <sup>65</sup>.

Suelen citarse, como ejemplos típicos a este respecto: la idea de un Dios único que posee la plenitud del ser, del que dependen todos los seres de la creación, etc., que puede ser un concepto relacionado con la Teodicea natural, al menos en sus orígenes, aunque luego aparezca rodeado de contornos teológicos. También la idea de la creación que es la base de las relaciones entre Dios y el hombre, puede tener concomitancias con la Cosmología racional, a pesar de que la idea religiosa haya prevalecido en la revelación sucesiva, con marcada tendencia teológica. Respecto de la antropología también es posible descubrir elementos filosóficos aprovechables, como el concepto de hombre en la unidad del ser, con exclusión de todo dualismo, etc. <sup>66</sup>.

Es decir, que hay ciertas nociones filosóficas, patrimonio común de la huma-

<sup>62</sup> C. TRESMONTANT, *Essai sur la pensée hébraïque*, Paris 1953.

<sup>63</sup> M. D. CHENU, "Vocabulaire biblique et vocabulaire théologique": *Nouvelle Revue Théologique* 74 (1952) 1.029-1.041.

<sup>64</sup> *De veritate*, q. 12, a. 2.

<sup>65</sup> C. TRESMONTANT, *La métaphysique du Christianisme et la naissance de la Philosophie chrétienne*, Paris 1962; Id., *Les idées maîtresses de la métaphysique chrétienne*, Paris 1962.

<sup>66</sup> R. GUELLEY, *La Création*, Tournai-Paris 1944, 33-37; R. LE TROQUER, *Homme, qui suis-je? Essai d'anthropologie chrétienne*, Paris 1957.

nidad y de la cultura, incrustadas en la Biblia sin tecnicismos filosóficos, pero que han influido en el planteamiento y en el desarrollo de la filosofía cristiana. Tales constataciones no afectan para nada a la verdad histórica que, como veremos, tiene fisonomía totalmente distinta en la Filosofía y en la Biblia.

Supuesto que la idea de verdad en general y aplicada a la historia bíblica, de modo concreto y particular, puede tener diversos significados o acepciones, síguese que dicha noción se presta a no pocos equívocos, como se puede fácilmente constatar siguiendo la marcha y el desarrollo de las discusiones históricas en torno a este problema. Por eso estimamos que es elemental y necesario ofrecer una síntesis, o idea general, acerca del valor del concepto *verdad* en la filosofía y en la Biblia.

Una vez más debemos despojarnos de prejuicios filosóficos o culturales que han dado unos contornos concretos y específicos a nuestra formación metafísica y situarnos con consciente realismo en el sentido de las expresiones de la Biblia que pertenecen a un mundo antiguo y oriental de mentalidad muy distinta de la nuestra. Esto que parece y es elemental, se ha olvidado con harta frecuencia, provocando confusionismos y conflictos mentales que enturbiaron no poco las siempre revueltas aguas de la cuestión bíblica.

#### LA VERDAD, COMO CONCEPTO FILOSÓFICO.

No pretendemos enredarnos en cuestiones filosóficas o metafísicas que no hacen a nuestro propósito, sino tan sólo ofrecer una idea general sobre el concepto de verdad, tal como lo entienden los tratadistas cristianos que más han influido en las formulaciones de la doctrina tradicional. Un libro reciente<sup>67</sup>, breve, pero denso y claro, sintetiza con diafanidad y precisión las concepciones históricas de la verdad en la filosofía griega, en los pensadores cristianos (San Agustín, Santo Tomás de Aquino, Suárez, etc.), en las elucubraciones modernas de Wolff, en las precisiones de Husserl, las reflexiones de Ortega y Gasset, los replanteamientos de Hartmann y Zubiri y las soluciones apuntadas por Heidegger y sus discípulos.

Por supuesto que están íntimamente vinculados los problemas de la verdad y del conocimiento, que es preciso distinguir entre la verdad ontológica que radica en los seres y la verdad lógica que reside en el entendimiento. Los conceptos tradicionales que durante siglos han influido en la filosofía han perfilado unas fórmulas que en lo esencial conservan su vigencia, estableciendo que toda verdad supone la realidad ontológica del objeto que se relaciona con la facultad intelectual.

La "adecuación", conformidad, o por lo menos correspondencia, al decir de

<sup>67</sup> S. RABADE ROMEO, *Verdad, conocimiento y ser*, Madrid 1965.

los modernos, entre objeto y facultad, o viceversa, si se considera desde el ángulo del objeto, se denomina verdad ontológica y, si desde la potencia cognoscitiva, verdad lógica. En definitiva, será la verdad un juicio que es al mismo tiempo un conocimiento, mediante la representación del objeto que, como es obvio, poseerá una verdad esencial, si se trata de Dios, o limitada y participada, si se trata de las criaturas.

Este concepto de la verdad rebasó fácilmente los horizontes de lo filosófico, centrado en las cosas, e invadió los dominios de la historia. Esta será verdadera cuando se logre la "adecuación" entre los hechos reales y las versiones orales o escritas que nos transmiten la tradición o los historiadores. Aplicando tal principio a la historia bíblica, merecían el calificativo de verdaderos o históricos aquellos relatos que captaran objetivamente la realidad de los sucesos historiados. Lo cual equivale a valorar la verdad bíblica con un criterio filosófico, exponiéndose a peligrosos confusionismos que, por desgracia, se han trocado frecuentemente en realidad, ya que la mayoría de los intentos concordistas cayeron en esa emboscada, esterilizando generosos esfuerzos, prodigados con la noble intención de buscar salidas a la "cuestión bíblica".

#### CONCEPTO DE VERDAD EN LA BIBLIA.

Reconozcamos, como anticipo, que no hallamos, ni en el Antiguo, ni en el Nuevo Testamento, un término que corresponda exactamente a la noción de verdad tal como suele concebirla la metafísica cristiana. Tan diverso era aquel mundo ideológico del nuestro. Así y todo, existe la idea, que es lo que importa, como lo acreditan los léxicos, los comentarios exegéticos y las investigaciones personales<sup>68</sup>.

La palabra hebrea más usada para expresar el concepto de verdad es *'emeth* que significa firmeza, estabilidad, certeza, lealtad. Para penetrar en los matices de su significación propia hay que considerarla no tanto en su sentido o significado abstracto, como en relación con las cosas a que se aplica:

1. *Hesed* y *'emeth* es una expresión que se prodiga mucho en el Antiguo Testamento, sobre todo en los Salmos y que suele traducirse al latín por *miseri-cordia et veritas* y que equivale a la bondad y a la verdad de Dios. Pero esta noción de la divina verdad tiene de ordinario un marcado sentido de verdad-fidelidad, por cuanto suele relacionarse con el pacto o alianza de Dios con su pueblo,

<sup>68</sup> Vid. F. ZORELL, *Lexicon hebraicum et aramaicum Veteris Testamenti*, Romae 1940, 67; H. HAAG-A. VAN DER BORN-S. de AUSEJO, *Diccionario de la Biblia*, Barcelona 1966; F. ASENSIO, *Miseri-cordia et Veritas: el Hesed y 'Emet divinos. Su influjo religioso en la historia de Israel*, Roma 1949; J. GUILLET, *Leitgedanken der Bibel*, Lucerna 1954, 44-54; O. GARCÍA de la FUENTE, "Consecuencias de la inspiración": *Introducción General a la Sagrada Escritura*, Madrid 1966, 121-124,

idea que domina toda la historia del Antiguo Testamento. Dios cumple lo que promete, guarda *fidelidad* y *lealtad* en la observancia de sus obligaciones, como parte integrante e interesada de un contrato en cierto sentido bilateral. Pueden citarse algunos textos por vía de ejemplo: Deut. 7, 9; 32, 4; 2 Sam. 7, 28; Is. 49, 7; Sal. 31, 6, etc.

2. Se aplica como calificativo a las personas o cosas que son lo que deben ser: auténticas, verdaderas: 1 Reg. 17, 24: la mujer cuyo hijo ha sido curado, reconoce por este hecho que Elías es un profeta verdadero; 2 Sam. 7, 28 se aplica a Dios cuyas palabras son verdad, es decir, verdaderas.

3. Unido a los nombres divinos, como en 2 Par. 15, 3 y Jer. 10, 10 equivale a Dios verdadero, por contraposición a los dioses falsos.

4. Usase también en sentido moral con significado de veracidad, seguridad, en las que se basa la confianza. Lo opuesto a *'emeth* es *seger*: mentira, falsedad, como en Prov. 12, 19; Jer. 9, 4; o también *resa*: maldad, impiedad, como en Neh. 9, 33. De donde se sigue que *'emeth* no sólo designa la verdad mental, sino también la sinceridad moral.

De todos modos, el sentido más profundo y más bíblico se refiere a la confianza que se deposita en las promesas divinas, por ser Dios verdadero, es decir, fiel, seguro y leal, en el cumplimiento de sus promesas y compromisos.

La idea central y típica del Antiguo Testamento, tal como la acabamos de exponer, no se apaga, ni se oscurece en los escritos neotestamentarios, antes se prolonga en ideas análogas, aunque es lógico que se expongan con arreglo a la mentalidad griega y en consonancia con la teología característica del Nuevo Testamento, en torno a Jesucristo y su Evangelio. No importan tanto las palabras como los conceptos <sup>69</sup>.

La verdad de Dios consiste en la fidelidad a sus promesas, así en Rom. 3, 3.5.7. El mismo sentido se expresa en Rom. 15, 8 en que Cristo muestra la fidelidad-verdad de Dios. Es aún más elocuente el texto de 2 Cor. 1, 18 ss.: Cristo es el SI de Dios que de modo evidente prueba la fidelidad divina en cumplir sus promesas. Por eso los suyos confían en Dios (1 Cor. 10, 13) y esperan los cristianos la salvación, apoyados en la divina fidelidad: 1 Cor. 1, 9; 1 Tes. 5, 25. Dios es veraz, porque cumple todo lo que promete: 1 Tes. 5, 25; Fil. 1, 6. Cristo es testigo fiel y veraz: Apoc. 1, 5; 3, 14; 19, 11. Dicha verdad y fidelidad de Dios contrasta con la mentira de los ídolos que no pueden dar lo que

<sup>69</sup> Pueden consultarse los Léxicos griegos del Nuevo Testamento en las palabras *aléceia*, *pistis*, etc., por ejemplo, F. ZORELL, *Lexicon Graecum Novi Testamenti*, Parisiis 1931. Constatamos con satisfacción que en la traducción oficial de los textos litúrgicos del Misal del latín al castellano, se traduce *veritas* por *fidelidad*, que es lo acertado y lo bíblico. Terminado este trabajo, acaba de aparecer J. B. BAUER, *Diccionario de Teología Bíblica*, Barcelona 1967. En la palabra "Verdad", p. 1.039-1.047, se resume la doctrina del Antiguo y Nuevo Testamento con abundante y moderna bibliografía.

prometen y que, por eso, son mentirosos: Rom. 1, 25; 1 Tes. 1, 9. No es menester aducir más testimonios, ya que los citados sirven como muestra, aunque abundan de modo sorprendente. Pero sí añadiremos que en San Juan se reiteran parecidos conceptos, pero con la singularidad de que la *verdad* se personifica en la Palabra de Dios, en su Verbo: Jo. 8, 26.31.40.45, etc.: 17, 17; 14, 16; 16, 13.

Es evidente que esta ideología había penetrado profundamente en la teología neotestamentaria, como lo prueba el hecho de que parecidas expresiones a las aducidas se repiten con insistencia en los escritos rabínicos de la época cercana al Nuevo Testamento, e incluso en los documentos hallados en Qumran<sup>70</sup>.

Veremos más adelante en qué medida ha recogido y glosado estas ideas la Constitución dogmática *Dei Verbum* del Concilio Vaticano II.

#### LA VERDAD DE LA HISTORIA EN GENERAL.

No carece de importancia, ni de sentido, el aclarar el concepto de historia, ya que por su compleja estructura y por la lógica evolución de las ideas, según lo acredita la propia historia, se ha prestado a fatales confusiones que afectaron por igual a estudiosos de las más diversas tendencias, como teólogos y racionalistas.

En efecto, la ofensiva contra la Biblia, esgrimiendo contra ella errores de índole histórica, alcanzó su máxima virulencia a fines del siglo XIX y principios del XX, con ocasión del hallazgo de preciosos documentos históricos y por iniciativa de las tendencias racionalistas que aireaban unos métodos de investigación y unas leyes históricas muy similares, por su permanente valor y su fijeza, a las leyes físicas reconocidas en el campo de las ciencias naturales<sup>71</sup>. Estas, como es evidente, se rigen por unas leyes objetivas y permanentes, al margen y por encima de todo subjetivismo.

Las tendencias del llamado positivismo histórico daban como finalidad específica de la historia la reproducción objetiva y exacta del pasado. Se ha dicho con toda verdad que la historia debía ser como una reproducción fotográfica que recoge con fidelidad todos los detalles del período que describe, despojándolos de todo subjetivismo y agotando las posibilidades en punto a reproducir los hechos reales tal como sucedieron. Serían, desde luego, informaciones frías, inexpresivas, sin humanismo, pero que, siguiendo el símil de la fotografía, ofrecerían una imagen muerta, inerte, por más que fuera pormenorizada, concreta y exacta en todos sus detalles. Los hechos son tratados como objetos, como cosas, no como acciones humanas. Por consiguiente, llegaría a identificarse el concepto de historia *verdadera* con el de historia *exacta*, lo que dista mucho de ser cierto y hasta

<sup>70</sup> 1 QH 7, 26 ss.; 1 QS 1, 1, 12, 15. Cfr. E. SUTCLIFFE, *Los Monjes de Qumran*, Barcelona 1962, 87-109.

<sup>71</sup> V. LANGLOIS-C. SEIGNOVOS, *L'histoire et ses méthodes*, Paris 1898.

corre el riesgo de convertir la historia en una utopía, tanto por la imposibilidad de reproducir totalmente los hechos, en la mayoría de los casos, como por resultar quimérico el prescindir de lo subjetivo, siendo así que todos los episodios históricos, están realizados por los hombres que son quienes viven y hacen la historia, sin que puedan despojarse nunca de su personalidad humana, ya actúen aislados, o en grupos o colectividades de las más diversas dimensiones.

Los hechos humanos yuxtapuestos, desligados de su condición natural, sin una interpretación racional que los aglutine y vivifique hasta exhibirlos como una experiencia humana de la vida, carecen de sentido y de finalidad, ya que lo más interesante de la historia es precisamente su filosofía que bucea en los actos pretéritos de los hombres, buscando sus ideas, móviles y reacciones para ofrecernos un cuadro vivo que refleje la personalidad de sus protagonistas y suministre lecciones útiles para los hombres que se miran en el espejo de las experiencias pasadas. Así lo entendieron ya algunos escritores antiguos, por ejemplo San Agustín, tradicionalmente considerado como uno de los más afortunados cultivadores de la filosofía de la historia, sobre todo en la *Ciudad de Dios*<sup>72</sup>.

En nuestros días, por fortuna, se ha perfilado un poderoso y vasto movimiento de crítica objetiva del positivismo histórico, desenmascarando sus fallos, poniendo al descubierto su inconsistencia y formulando unos métodos y leyes históricas diametralmente opuestas<sup>73</sup>.

Según esta concepción de la historia, los actos humanos no son permanentes, fijos y uniformes, como los fenómenos de la naturaleza. Los hombres ponen en todos sus actos buena dosis de su personalidad subjetiva, sin sujeción a fórmulas preestablecidas, por lo mismo que cada hombre es distinto y vive condicionado por un clima peculiar de ambiente, ideas, temperamento y reacciones específicas.

No es que se desprecien los detalles, ni los fenómenos sensibles, sino que se les coloca en la órbita de su valor real; no se les considera como lo esencial y formal de la historia, sino como elementos útiles, para lograr una visión de con-

<sup>72</sup> La *Ciudad de Dios*, edición preparada por el P. MORÁN, BAC, Madrid 1958. En la Introducción general, pag. 34-38, se resumen los distintos puntos de vista en torno al debatido tema acerca de si a la *Ciudad de Dios* es una filosofía, o una teología de la historia, optando el autor por valorarla y calificarla como una *hermenéutica* de la historia.

<sup>73</sup> En la imposibilidad de citar los incontables autores y las obras que respaldan las nuevas tendencias, nos limitamos a mencionar algunas de las más representativas: R. ARON, *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique*, Paris 1938; "De l'objet de l'histoire": *Dimensions de la conscience historique*, Paris 1961, 93-123; M. BLOCH, *Apolo-gie pour l'histoire, ou Metier d'historien*, Paris 1961; J. MARITAIN, *Pour une philosophie de l'histoire*, Paris 1957; H. I. MARROU, *De la connaissance*, Paris 1959; J. HOURS, *Valeur de l'histoire*, Paris 1953; G. BAUER "Geschichtlichkeit". *Wege und Irrwege eines Begriffs*, Berlin 1963; P. RICOEUR, *Histoire et vérité*. Paris 1964, 23-44.

junto que proyecte un mensaje elocuente y aleccionador, desde el pasado al presente y al futuro.

Los detalles fragmentarios retienen su valor histórico en función de la interpretación global de los hechos, no al contrario. No interesa una cadena de hechos muertos, fosilizados, cual si tratáramos de descubrir un cadáver, o un esqueleto. La verdad objetiva no reside tan sólo en la simple enumeración de muchos pormenores en torno a un determinado suceso, sino que consiste sobre todo en penetrar en el fondo de una experiencia humana y de sus posibles o reales consecuencias.

Por tanto, el afán del historiador no debe ser, ni es posible que sea en la mayoría de los casos, el ofrecernos una historia *exacta*, sino una historia *verdadera*, que es cosa muy distinta. Por esa ha podido escribir Ricoeur con expresión justa y feliz: "L'histoire est essentiellement le royaume de l'inexact" y "la méthode historique ne peut être qu'une méthode inexacte" <sup>74</sup>.

Cabe, por consiguiente, que una historia o un relato histórico falle en ciertos pormenores secundarios, no dando una historia *exacta*, matemática, aunque sí *verdadera*, porque capta lo esencial del suceso y acierta a recoger su contenido humano, mientras que una suma pormenorizada de datos parciales, notable por su *exactitud*, distará mucho de ser *verdadera*, si no recoge una visión de conjunto, como experiencia humana saturada y rebosante de ejemplarismo. Todo ello sin caer en el exceso de someter la historia a una interpretación personal, caprichosa y subjetiva, del historiador, antes condicionando sus juicios y deducciones a una disciplina rigurosa y seria, enriquecida con una formación y documentación adecuada que le capacite y ayude para interpretar correctamente los hechos que analiza.

#### LA VERDAD HISTÓRICA EN LA SAGRADA ESCRITURA.

La Biblia contiene muchas historias. Buena parte de sus libros se llaman y son históricos. Abundan igualmente los relatos históricos en los libros proféticos y sobre todo en el Nuevo Testamento: Evangelios, Hechos, etc. Por otra parte, la Iglesia ha defendido denodadamente en solemnes documentos oficiales el carácter histórico de determinados pasajes bíblicos, aunque lo haya hecho a veces especificando que lo hacía movida por la conexión indestructible existente entre los hechos históricos y las doctrinas religiosas a ellos vinculadas. Es decir, que no se defiende la verdad histórica tan sólo en cuanto tal, sino y sobre todo por sus relaciones vitales y necesarias con la divina revelación. Porque el objeto único de la Biblia es comunicar a los hombres el misterio de su salvación. La Palabra de

<sup>74</sup> P. RICOEUR, *Histoire et vérité*, Paris 1964, 79 ss.

Dios, medio divino de comunicación con los humanos, discurre por los cauces de un lenguaje humano asequible a nuestras posibilidades; la divina revelación se manifiesta progresivamente en determinados momentos históricos; marcha uncida a la historia del pueblo de Israel; va perfilándose en el Antiguo Testamento y se consuma con la Encarnación, la Muerte y la Resurrección de Jesucristo.

Todo esto es historia, pero no sólo humana, sino proyectada a reflejar las relaciones entre Dios y los hombres. El misterio de salvación se sustenta sobre la trama histórica de modo que, desaparecida o destruída ésta, carecería de base de sustentación. Lo cual quiere decir que se desarrollan paralela e íntimamente la historia *humana* de un pueblo, el hebreo, como una colectividad más y la historia *santa* de la revelación con la que Dios comunica a los hombres su designio de salvación y la manera de que el hombre pueda beneficiarse de la misma. Ni que decir tiene que lo que interesa sobre todo es la historia *santa* y es la que nos enseña la Biblia <sup>75</sup>.

Por eso se privan de la auténtica perspectiva histórica santa quienes se obcecán, considerando la historia de Israel a nivel de los pueblos contemporáneos y limítrofes, encerrados en el estrecho horizonte de una historia humana, sin advertir que se trata de un caso especial y único en el que la historia nacional de un pueblo es vehículo y arteria por la que discurre otra historia santa con el mensaje de Dios a los hombres.

La materialidad de unos hechos está animada por el sentido vivo de salvación que es la mira principal de los escritores sagrados. Estos se proponen captar y exponer la *realidad objetiva* a través de personas, episodios y detalles de toda especie que contienen otras realidades que no pueden vislumbrar los historiadores profanos, que se detienen en la corteza de lo humano, sencillamente porque los libros santos buscan y transmiten una *objetividad de orden sobrenatural* que desborda las fronteras y la definición de la historia como ciencia <sup>76</sup>.

Por otra parte, la envoltura histórica de los hechos y sus circunstancias no siempre guardan las mismas proporciones con la idea central, el meollo espiritual que se esconde en sus externas frondosidades. Unos episodios son más claros y otros menos, unos personajes ofrecen perfiles más acabados y otros menos, pero en unos y otros casos la interpretación ha de atender al mensaje de conjunto, no empujando la idea al encerrarla en el marco estrecho de un hecho real.

Un caso concreto y ejemplar del Nuevo Testamento: las apariciones de Jesucristo resucitado. Los hagiógrafos se proponen contarnos el hecho y conseguir que lo creamos, mediante la adhesión de nuestra fe. Los informes detallados son de distintas procedencias, ofrecen pequeñas disonancias en sus diversas versiones.

<sup>75</sup> J. HEMPEL, *Geschichten und Geschichte im Alten Testament bis zur persischen Zeit*, Gütersloh 1964, 232-326.

<sup>76</sup> P. GRELOT, *La Bible, Parole de Dieu*, Tournai 1965, 117.

Ello ha originado interpretaciones contradictorias. Algunos niegan la existencia de las apariciones y consiguientemente de la Resurrección, por constatar que no siempre concuerdan en los detalles las referencias. Otros, en cambio, analizan los hechos y las palabras de Jesucristo pletóricas de significado religioso que dan testimonio a la vez de la realidad de su Resurrección, sin sobreestimar las pequeñas diferencias de detalle. Lo que equivale a decir que para lograr una exégesis correcta hay que tener en cuenta las intenciones de los historiadores sagrados que no desdeñan los datos concretos, pero que éstos sirven de cauce para ideas más importantes.

Buena parte de los exégetas no católicos ha deformado el sentido bíblico por dos razones fundamentales: sus prejuicios filosóficos o metafísicos adversos a toda realidad sobrenatural y su entrega indiscriminada a la búsqueda de la verdad histórica, como ciencia, a remolque de las ideas y principios del positivismo histórico tan aireado hace unos años <sup>77</sup>.

También se puede correr el riesgo de caer en el extremo contrario: desestimar el carácter histórico de los libros santos, por atender exclusivamente al mensaje espiritual o sobrenatural de que son portadores. Por eso el Santo Oficio <sup>78</sup> estimó oportuno formular una seria advertencia sobre los peligros de aquellos sistemas interpretativos "qui in discrimen adducunt germanam veritatem historicam et objectivam Scripturae Sacrae". Estas claras palabras, comenta atinadamente P. Grelot <sup>79</sup>, tratan de eliminar dos posturas igualmente peligrosas: la de quienes atribuyen carácter legendario a las narraciones bíblicas de la historia de la salvación, estimándolas desprovistas de realidad objetiva y la de aquellos que atienden tan sólo al sentido sobrenatural de los relatos bíblicos, desdeñando el valor de su naturaleza histórica, fijándose tan sólo en las realidades sobrenaturales, tratando de solucionar las dificultades con interpretaciones subjetivas, basadas en la fe. No parece que el Santo Oficio haya aludido al positivismo histórico, sino a ciertas tendencias de teólogos y especialistas que inconscientemente siguieron tales derroteros <sup>80</sup>.

Como se ve, trátase de materia compleja, no exenta de dificultades. Son historias vividas y reales, con sentido propio, pero que encarnan un significado sobrenatural, no siempre evidente, por ser sus métodos y procedimientos histó-

<sup>77</sup> A. LOISY, *La naissance du christianisme*, Paris 1933, 7-8; C. GUIGNÉBERT, *Jésus*, Paris 1933, 46-47. X. LÉON-DUFOUR, "Jésus-Christ et l'historien": *Bulletin du Comité des Études*, Paris 1961, 357-360.

<sup>78</sup> *Osservatore Romano*, 22 de junio de 1961.

<sup>79</sup> P. GRELOT, *La Bible. Parole de Dieu*, Paris 1965, 119.

<sup>80</sup> Puede verse en P. GRELOT, o. c. 119 (4) una larga lista de escritores católicos que, reaccionando contra los excesos de la crítica, han dado por supuestos y demostrados ciertos principios de metodología y de fondo sobre la verdad histórica, sin entrar de lleno en el fondo del problema.

ricos muy distintos de los nuestros. En todo caso, parece claro que no se debe confundir la historia verdadera con la historia completa o exacta.

#### LOS GÉNEROS LITERARIOS EN RELACIÓN CON LA HISTORIA.

Aunque enfoquemos este tema con dimensiones aparentemente universales, no intentamos referirnos más que al caso concreto de la Biblia. Ya hemos observado que la historia en la Sagrada Escritura no tiene categoría de fin, sino de medio, es decir, traspasa las fronteras de la historia neta para reflejar, mediante ella, el misterio de la salvación. Tal enfoque es típico y exclusivo de la Biblia que se diferencia en esto esencialmente de las restantes literaturas religiosas antiguas<sup>81</sup>.

Hecha esta salvedad que es de la mayor transcendencia, debemos reconocer, por otra parte, que no hay problemática más enmarañada y compleja, respecto de la verdad de la Biblia, que la implicada en sus aspectos históricos. Por eso mismo, los intentos efectuados por clarificar la materia y por hallar soluciones han cristalizado en una bibliografía copiosa e interesante en forma de estudios globales o parciales, escriturarios y extrabíblicos. No es posible descender a particularidades, sino tan sólo recoger sumariamente las conclusiones generales.

I. En las literaturas orientales extrabíblicas se dan muchos géneros históricos, tales como historias generales, particulares, biografías, epopeyas, historias moralizadoras, relatos etiológicos, narraciones folklóricas, tradiciones y leyendas populares, narraciones libres. Con harta frecuencia no se dan las especies dichas en estado puro, sino con evidente mixtificación, predominando unos u otros elementos<sup>82</sup>.

Parece lógico suponer que Israel que vivió, como pueblo real, en el tiempo y en el espacio, debió usar formas de expresión similares a las de sus vecinos, cuyas vicisitudes históricas y cultura le fueron en gran parte comunes. Lo difícil es el dar con la manera y la medida concreta y con el significado verdadero, porque los escritores sagrados no hacían historia como fin, sino en orden a una finalidad de orden superior. Por eso constituyen un caso único y sería absurdo medirles por el mismo rasero que los restantes escritores de los pueblos orientales<sup>83</sup>.

<sup>81</sup> Así lo proclama la *Divino afflante Spiritu* (*Ench. B.* 558-559).

<sup>82</sup> No es posible ofrecer una bibliografía relativamente completa, pero a título informativo pueden consultarse: A. ROBERT-L. VENARD, "Historique (Genre): *Dictionnaire de la Bible. Supplement IV*, 7-32; W. SEIBEL, "Historische Methode und Exegese": *Stimmen der Zeit* 85 (1959-1960) 24-36; A. IBÁÑEZ ARANA, "La narración etiológica como género literario bíblico": *Script. Victor.* 10 (1963) 161-176; G. CAMPS, "Género histórico-literario": *Encicl. Bíblica IV*, 756-764.

<sup>83</sup> O. GARCÍA de la FUENTE, "Tratado de la Inspiración": *Introducción General a la Sagrada Escritura*, Madrid 1966, 136-137.

II. Ni vayamos a pensar que este fenómeno de cultivar tantos géneros de historia fuera privativo de los antiguos pueblos orientales. Dado que la historia del pasado vivifica las experiencias humanas de otros tiempos, es natural que en todos los pueblos y en todas las edades se haya valido de los medios de expresión, muchos y muy diversos, en consonancia con su cultura. Así puede comprobarse incluso con respecto a las obras maestras antiguas de los pueblos occidentales<sup>84</sup>. Resultaría pueril clasificar estas obras como pertenecientes a dos categorías únicas y generales: históricas y no históricas. Existen muchas subdivisiones intermedias, como lo reconoce la crítica universal que tan denodadamente lucha por desentrañar el valor histórico que se esconde tras la pantalla de cada género literario. Incluso la leyenda y el mito tan desacreditados por la historiografía positivista, encuentran hoy abogados que pugnan por revalorizarlos, aunque su empeño no aparezca exento de dificultades y haya que calibrar su éxito y resultado en cada caso particular.

III. Conviene concretar algunos puntos doctrinales referentes a los géneros literarios en sus relaciones con la Biblia.

1.º Estímase hoy como un axioma sancionado por la crítica histórica religiosa, que todos los géneros literarios son compatibles con la Biblia, con la única limitación de que no se opongan a la verdad y a la santidad de Dios<sup>85</sup>. La incompatibilidad de la Sagrada Escritura con el error lógico y moral se deriva del hecho y de la naturaleza de la inspiración. A partir de la Encíclica "*Divino afflante Spiritu*" (1943) nadie niega, ni discute la legitimidad de este postulado que ensancha las posibilidades de la exégesis y es piedra de toque y base solidísima para dar con el sentido *literal* que no se ciñe al sonido de las palabras, sino que penetra y cala hasta las intenciones del hagiógrafo sagrado.

2.º En la definición del género literario no se atiende tan sólo a las diversas formas de decir o de escribir, sino y sobre todo a la intencionalidad del escritor: lo que él ha pretendido expresar constituye la verdad de su relato. En otros términos: cada género narrativo tiene su propia e íntima verdad. Así, por ejemplo, las descripciones evangélicas de la Pasión de Jesucristo relatan unos hechos reales y son historias en sentido estricto, mientras que las parábolas pueden basarse en hechos reales o imaginarios, puesto que no interesa su historicidad, ya que se toma como pretexto o plataforma para inculcar de manera plástica una enseñanza moral.

<sup>84</sup> Pueden verse abundantes y elocuentes ejemplos en P. GRELOT, *La Bible, parole de Dieu, Tournai* 1965, 136-137.

<sup>85</sup> Encíclica *Divino afflante Spiritu*: "A Libris enim Sacris nulla aliena est aliarum loquendi rationum, quibus apud veteres gentes, praesertim apud Orientales, humanus sermo ad sententiam exprimendam uti solebat, ea conditione, ut adhibitum dicendi genus Dei sanctitati et veritati haud quaquam repugnet..." (*Ench. B.* 550, 560).

3.º La doctrina sobre los géneros literarios, bien entendida y aplicada, es fecunda y esperanzadora, y abre perspectivas iluminadas a la exégesis del presente y del futuro. Tal apreciación es el vértice de coincidencia de todas las tendencias actuales. Por supuesto que es interesante la unánime aceptación de este principio, aunque no por ello se desvanezcan las dificultades, ya que surgen las divergencias en cuanto se trata de la aplicación práctica a cada caso concreto de la Biblia.

Hace años se miraba con prejuicios la teoría de los géneros literarios por estimarse que quería ser empleada como una especie de catapulta para intentar atacar e incluso destruir el carácter histórico de muchas narraciones escriturarias. Por añadidura, no faltaron católicos que plantearon mal la aplicación de esta doctrina, pretendiendo que fuera el yelmo de la inerrancia, fijando a priori el género literario de cada libro o sección escrituraria, en una especie de clasificación cuadrícula: el proceso de aplicación debe hacerse precisamente a posteriori, es decir, a la inversa. Primero hay que demostrar con el manejo riguroso de todos los recursos de la crítica literaria, que se da un determinado género literario, si las deducciones en punto a su verdad histórica han de ser fundadas y científicas, como es obligación de la exégesis verdadera y seria. Sobre este esencial rigor del método insiste con deliberada intención uno de los documentos básicos del Magisterio eclesiástico<sup>86</sup>.

4.º Aunque sea de pasada y en comprobación de lo que venimos diciendo, hemos de citar algunos géneros literarios que tienen vigencia en la Biblia. Además del género histórico propio del que existen conocidos y abundantes ejemplos en el Antiguo Testamento y en el Nuevo, suelen señalarse los siguientes, sin pretensión de enumerarlos todos y citando para cada caso un texto concreto: *Fábula*: Jue. 9, 8-16; *parábola*: las del Nuevo Testamento; *alegoría*: Jo. 1-18; *diálogo*: Libro de Job; *apocalipsis*: la de San Juan; *salmos*: el Salterio; *lamentaciones individuales o colectivas*: Libro de las Lamentaciones; *poesía lírica*: Is. 5, 1-7; *poesía épica*: Ex. 15, 1-18; *poesía didáctica*: Jue. 14, 14; *poesía popular*: Is. 23, 16; *genealogías*: Par. 2, 3-25; Mt. 1, 2-16; *epitalamios*: Cantar de los Cantares; *enigmas*: Jue. 14, 12-18; *proverbios*: Libro de los Proverbios; *epistolar*: las Cartas de San Pablo; *leyes*: Lev. 17-26; *profecías*: Isaías, etc.<sup>87</sup>

Esta sencilla enumeración de géneros literarios manifiesta bien a las claras que estamos ya muy lejos de aquel primer ensayo del P. de Hummelauer<sup>88</sup> que tiene el mérito de haber adivinado el misterio y la transcendencia de esta fórmula literaria, aunque no diera con el auténtico sentido de la misma, por haberse situado en un plano apriorístico que daba por supuesto el valor histórico de cada gé-

<sup>86</sup> Encíclica *Divino afflante Spiritu*, de Pío XII (*Ench. B.* 558).

<sup>87</sup> O. GARCÍA de la FUENTE, "Consecuencias de la inspiración": *Introducción General a la Sagrada Escritura*, Madrid 1966, 131-132.

<sup>88</sup> F. de HUMMELAUER, *Äxegestiches zur Inspirationsfrage*, Freiburg i. B. 1904.

nero, sin aquilatar críticamente la realidad de cada caso<sup>89</sup>. El hecho resulta ya indiscutible y su utilidad evidente e incluso ha sido explícitamente recogido por la Encíclica "Divino afflante Spiritu" y aún con mayor relieve en la Constitución Dogmática "Dei Verbum" del Concilio Vaticano II, como veremos. Es un tema vital que espera y necesita de la sagacidad y del esfuerzo colectivo de los críticos contemporáneos y venideros, ya que, lejos de estar resueltos todos los problemas, quedan en pie muchos interrogantes cuando se trata de llevar al terreno práctico los principios teóricos que por su índole general han de ser aplicados con sabiduría y realismo a los casos particulares y concretos<sup>90</sup>.

5.º Las formas literarias bíblicas no deben desconectarse de la vida y de las estructuras del pueblo de Dios, ya que los autores de los libros santos vivían con el pueblo y escribieron para el pueblo. Cada uno ocupó un puesto concreto en el tiempo y en el espacio y estas circunstancias imprimieron un sello peculiar en su cultura personal y en el carácter redaccional de sus escritos. Por eso se estima hoy día que la teoría de la "historia de las formas", tiene un valor real y no se la puede anatematizar en conjunto, aunque sus defensores hayan cometido graves errores, sobre todo en la aplicación de los principios. Los géneros literarios de la Biblia no pueden explicarse tan sólo a base de nuestro conocimiento de los antiguos escritos orientales, o de nuestros personales criterios apoyados en la literatura moderna: las comunidades israelitas y la Iglesia primitiva tuvieron su personalidad específica y constituyeron colectividades religiosas diferenciadas por su fe, su culto, sus tradiciones orales y escritas, etc., de los pueblos que vinieron en torno suyo. Cada texto nos ofrece un testimonio de esta verdad fundamental. Las fórmulas de la verdad bíblica guardan relación directa con la mentalidad religiosa y la evolución cultural de los escritores bíblicos<sup>91</sup>.

6.º Los rasgos más característicos de las literaturas históricas orientales que pueden servirnos de orientación, sin olvidar las diferencias apuntadas más arriba, pueden compendiarse en pocas palabras:

a) Metodología peculiar muy distinta de la nuestra que se elabora con medios más científicos y depurados. No hacen historias apoyándose en el examen crítico de las fuentes, ni contrastar, ni disponer los datos con orden reflexivo, con ánimo de organizarlos con sujeción a la cronología, etc. Actúan y escriben la historia con sencillez y espontaneidad, de forma apropiada a su cultura y en términos que puedan ser asequibles a sus lectores, con lo que ganan en sinceridad a su buen sentido y al respeto insobornable a la verdad.

b) Sus procedimientos redaccionales se caracterizan por una especie de

<sup>89</sup> Vid. una exposición clara y un juicio ponderado, así como el eco y las reacciones de los biblistas católicos en C. PESCH, *Supplementum operi suo De Inspiratione Sacrae Scripturae*, Friburgi B. 1926, 27-38.

<sup>90</sup> P. GRELOT, *La Bible, Parole de Dieu*, Tournai 1965, 109.

<sup>91</sup> *Ench. B.* 560.

yuxtaposición o acoplamiento de los materiales que tan bien cuadra con los métodos narrativos de la lengua hebrea, sobre todo. De ahí que a veces junten datos de diversa procedencia, con diferencias accidentales que suelen ser la razón de los llamados "duplicados".

c) Los escritores carecen en ocasiones de perspectivas históricas, por acumular referencias concernientes a hechos distanciados entre sí, incluso por siglos, caso particularmente repetido en los profetas.

d) Carecen a veces del sentido de la proporción, contando con largueza, derroche de pormenores y lujo de asuntos anecdóticos, sucesos de escasa transcendencia, mientras que reflejan en tenues y esquemáticas pinceladas asuntos de acusado interés, por su valor humano, o por su contenido mesiánico o teológico.

e) Los discursos y oraciones son a veces amplificadas, e incluso inventados por los cronistas, de acuerdo con las circunstancias del protagonista, o según la oportunidad del momento, como también puede ocurrir que se reduzca la dimensión de los mismos.

f) Ostentan también marcada tendencia a acentuar y multiplicar las intervenciones de Dios en el mundo y en la vida de los hombres, lo que les lleva a prodigar lo sobrenatural y lo milagroso, atribuyendo también directamente a Dios las obras de las causas segundas. En diversa medida, según los libros y la finalidad de sus autores.

Podríamos alargar estas consideraciones, pero basta con esta idea de conjunto, ya que hemos de volver sobre el tema, al hablar seguidamente de la historiografía de ambos Testamentos.

Todo esto, es innecesario advertirlo, no desvirtúa en absoluto el valor histórico de los libros santos <sup>92</sup>.

Con el fin de hacer más ostensible la vigencia de los principios generales, es oportuno respaldarlos con algunos ejemplos que confirmen la realidad de los géneros literarios en la literatura bíblica.

## LA HISTORIOGRAFIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Los siglos que transcurrieron desde Moisés a la época de los Macabeos, la variedad de fuentes históricas utilizadas, las dotes literarias de tantos autores distintos, la finalidad perseguida por cada uno de ellos, la relativa sujeción a formas convencionales de expresión, etc., nos obligan a reconocer y proclamar, como una de sus características fundamentales, la variedad y pluralidad de géneros históricos en el Antiguo Testamento <sup>93</sup>.

<sup>92</sup> *Ench. B.* 566.

<sup>93</sup> La bibliografía sobre el tema es abundantísima. Nos limitaremos a se-

Caso típico y ejemplar el de los once primeros capítulos del libro del Génesis. Es indiscutible que el escritor sagrado se propone hacer historia. Así lo ha proclamado y defendido siempre la Iglesia<sup>94</sup>. Pero hace historia a su manera. Sirvese de fuentes orales y escritas, pero sin manipulaciones, ni cambios, ya que cada documento es incorporado al libro conservando sus características originales. Preside la narración el intento de comunicar el designio salvífico de Dios. Sus datos no deben valorarse con arreglo a las normas críticas de la historiografía actual, sino habida cuenta de que "refieren en lenguaje sencillo y figurado, acomodado a la inteligencia de una humanidad menos avanzada, las verdades fundamentales, presupuestas por la economía de la salvación, al mismo tiempo que describen de manera popular los orígenes del género humano y del pueblo elegido"<sup>95</sup>. Trátase, pues, de un género histórico *sui generis* que algunos califican de "historia primitiva"<sup>96</sup>.

La historia de José<sup>97</sup> se nos presenta con caracteres peculiares que llevan el sello de los relatos didácticos que parecen tener estrecho parentesco con la literatura sapiencial, de marcadas tendencias moralizadoras que influyen en el uso de sus peculiares procedimientos redaccionales que han de ser tenidos muy en cuenta a la hora de exponer y valorar su contenido exegético<sup>98</sup>.

En Jos. 10, 12-13 encontramos reminiscencias e incluso fragmentos de un

---

leccionar algunos estudios fundamentales y otros que están más al alcance de la mano. Aunque sea obra antigua, sigue siendo muy útil: J. M. LAGRANGE, *La Méthode historique, surtout à propos de l'Ancien Testament*, Paris 1903; I. GUIDI, "L'historiographie chez les semites": *Revue Biblique* 67 (1960) 509-519; R. CRIADO, "La teología de la historia en el Antiguo Testamento": *XIV Sem. Bibl. Española*, Madrid 1954, 33-77; W. EICHRODT, "Heilserfahrung und Zeitverständnis in Alten Testament": *Theologische Zeitschrift* 12 (1956) 103-125; G. GOOSSENS, "La philosophie de l'histoire dans l'Ancien Testament": *Sacra Pagina* I (1959) 242-252; M. ADINOLFI, "Storiografia biblica e storiografia classica": *Riv. Bibl. Italiana* 9 (1961) 62-58; I. L. SEELIGMANN, "Hebräische Erzählung und biblische Geschichtsschreibung": *Theologische Zeitschrift* 18 (1962) 305-325; U. E. SIMON, "The Bible and Modern Historical Methods": *Church Quart. Rev.* 163 (1962) 4-13; J. SCHILDENBERGER, "Storiografia biblica": *Parola di vita* 8 (1963) 244-281; G. GOOSSENS, "Historiografía": *Enciclop. Biblica* 3 (1964) 1.288-1.292; P. GRELOT, *La Bible, parole de Dieu*, Tournai 1965, 128-133; O. GARCÍA de la FUENTE, "Consecuencias de la inspiración": *Introducción General a la Sagrada Escritura*, Madrid 1966, 129-140. Para información general, A. ROBERT, "Historique (Genre)": *Dictionnaire de la Bible. Supplément* IV, 7-23.

<sup>94</sup> Respuesta de la Pontificia Comisión Bíblica, 30 de junio de 1909, sobre el carácter histórico de los tres primeros capítulos del Génesis (*Ench. B.* 337). Enciclopedia *Humani Generis*, 12 de agosto de 1950, sobre los once primeros capítulos del Génesis (*Ench. B.* 618). Para lo referente a la exposición y crítica de la historia de las formas en relación con el Pentateuco, H. CAZELLES, "La escuela de la historia de las formas": *Introducción a la Biblia*, Barcelona 1965, 311-314.

<sup>95</sup> *Ench. B.* 618 y 581.

<sup>96</sup> D. J. LEAHY, "Características literarias de la Biblia": *Verbum Dei* I, Barcelona 1956, 105-106.

<sup>97</sup> *Gen.* 37-50, 25.

<sup>98</sup> P. GRELOT, *La Bible, Parole de Dieu*, Tournai 1965, 129; J. VERGOTE, *Joseph en Egypte*, Louvain 1959.

poema épico que utiliza su autor al evocar la batalla de Gabaón, que debe servirnos de orientación para interpretar el género literario de la precedente narración en prosa<sup>99</sup>. Incluso se estima que tal apreciación debe ser el punto de partida para entender correctamente la gran epopeya de la salida de los hebreos de Egipto, referida como historia en Ex. 5-14 y que tan profundo y dilatado eco halla en la literatura posterior: el héroe central de dicha historia es Yavé y se disponen todos los elementos descriptivos para exaltar su victoria sobre el Faraón, lo mismo que lo harán más tarde, con recursos prácticos y líricos, por ejemplo, los salmos 77, 14-21; 78, 12-31; 114; Is. 63, 8-13, etc.

Entre los libros más caracterizados como históricos está el de los Reyes<sup>100</sup>. Cualquier persona familiarizada con su lectura podrá comprobar sin necesidad de más recursos que su propia reflexión, que no se trata de una historia completa, ni del pueblo, ni de los Reyes que menciona y a quienes juzga: los datos son esquemáticos, casi estereotipados, ligados a fórmulas fijas. Reyes que llenaron muchos años de gobierno, bueno o malo, ocupan escasos versículos en los que cuentan poco o nada sus dotes políticas, sus hechos de armas, etc. La razón de este modo peculiar de hacer historia estriba en el propósito o finalidad del cronista: la suerte de Israel depende del cumplimiento de la ley de Dios. En consonancia con este punto de vista, en el que predomina por encima de todo la idea religiosa, selecciona de entre la baraúnda prolija de sus fuentes informativas, aquellos informes directos o anecdóticos que sirven para respaldar su tesis y por eso puede sintetizar el juicio moral sobre cada reinado enjuiciando su actitud respecto del culto idolátrico.

Sucede algo parecido en los Paralipómenos<sup>101</sup>: son evidentes sus lagunas, incluso cuando tejen la historia de personajes tan destacados y sustanciales como David y Salomón. Es porque le interesa lo concerniente al templo y a la liturgia. Utiliza en parte las mismas fuentes que el autor de los Reyes, pero selecciona tan sólo aquellos hechos que riman con el fin religioso que persigue y estima su valor en relación con el templo, los levitas y los actos litúrgicos de su pueblo, tomando como meta el poner de relieve una doctrina religiosa.

Nos hemos fijado hasta ahora en pasajes que se consideran y en realidad son históricos, aunque no con el rigor característico de nuestra historiografía moderna y occidental, sino al estilo oriental y del pueblo hebreo.

<sup>99</sup> J. DELORME, "El libro de Josué": *Introducción a la Biblia I*, Barcelona 1965, 369-371.

<sup>100</sup> S. GAROFALO, *Il libro dei Re*, Torino 1951; J. DELORME, "Los libros de los Reyes": *Introducción a la Biblia I*, Barcelona 1965, 406; K. SMYTH, "Reyes": *Verbum Dei I*, Barcelona 1965, 802-804.

<sup>101</sup> A. M. BRUNET, "Le Chroniste et ses sources": *Revue Biblique* 60 (1953) 481-503; 61 (1954) 349-386; E. F. SUTELIFFE, "Libro de los Paralipómenos": *Verbum Dei I*, Barcelona 1956, 866-868; H. LUSSEAU, "Los Libros de las Crónicas": *Introducción a la Biblia I*, Barcelona 1965, 657-661.

En Job, por ejemplo, es todo, por un lado, más complejo y, por otro, más sencillo, o menos riguroso en cuanto a su carácter histórico, por ser un libro poético en la forma externa y en las expresiones literarias. Se le considera en conjunto, como un drama, pero con pretensiones didácticas y con gran variedad de géneros literarios: es filosófico, por el planteamiento de un problema sobre la causa de los males e infortunios de la vida, se dispone el juego de sus personajes en forma de diálogo, se construye la acción con intervenciones sucesivas y escalonadas de personajes bien caracterizados que dan movimiento e interés a los discursos en grado ascendente, es poético por el vigor y la belleza de sus imágenes, puede pasar por una narración libre, dada su índole poética, o por una ficción histórica, en conformidad con la contextura de las partes prosaicas del libro. En todos los casos, sobrenada la idea general de ofrecernos plásticamente un argumento moralizador: la ejemplaridad de un personaje inocente, probado por la adversidad. Las introducciones especiales y la exégesis de cada sección tienen que destacar y analizar el valor y el contenido de cada uno de estos elementos <sup>102</sup>.

Los Profetas también hacen historia, aunque ésta sea, a veces, la envoltura externa de un mensaje doctrinal que en ocasiones está condicionado por el ambiente real e histórico que le rodea. La distinción entre ambos elementos no resulta siempre fácil, sobre todo antes de su realización. Quienes conocemos ya el cumplimiento de dichas profecías, estamos en mejores condiciones para discernir los diversos aspectos, pero siempre contribuirá poderosamente a lograr una exégesis correcta el recordar que la historia no es lo primero en la profecía y que el mensaje divino de que es portador el profeta condiciona y enmarca el verdadero y genuino significado de su peculiar género histórico <sup>103</sup>.

En todos los casos dichos y en otros muchos que sería fácil enumerar, es muy útil el principio de distinción entre lo anecdótico, la historia, que no requiere una exactitud matemática, aunque conserve no escasos valores aprovechables y la intención didáctica del escritor, expresada con cierto convencionalismo, siempre relacionado con el designio divino de salvación. Los principios son buenos, aunque en la práctica resulte hartamente difícil su aplicación para dar con el auténtico género histórico.

Otra constatación interesante. Las variadas formas del género histórico, no valen tan sólo para los textos antiguos, sino en general para todos los escritos del Antiguo Testamento. La razón es que las formas históricas de la Biblia persisten,

<sup>102</sup> F. STIER, *Das Buch Ijob*, München 1954; E. F. SUTELIFFE, "Libro de Job": *Verbum Dei* II, Barcelona 1956, 110; H. LUSSEAU, "Job": *Introducción a la Biblia* I, Barcelona 1965, 598; O. GARCÍA de la FUENTE, "Consecuencias de la inspiración": *Introducción General a la Sagrada Escritura*, Madrid 1966, 141.

<sup>103</sup> A. NEHER, *L'essence du Prophetisme*, Paris 1955; D. J. LEAHY, "Características literarias de la Biblia": *Verbum Dei* I, Barcelona 1956, 105-106; A. GELIN, "Los libros proféticos posteriores": *Introducción a la Biblia*, Barcelona 1965, 442-444.

a despecho del tiempo y de los siglos, ya que los métodos narrativos que pudiéramos llamar tradicionales, perduran a través de toda la literatura bíblica veterotestamentaria. Encontramos la confirmación de este aserto en los Libros de los Macabeos que están influenciados a la vez por los libros históricos hebreos y por la historiografía de nuevo cuño, es decir, de los escritos griegos. Ambos libros coinciden, en parte, en el argumento y son, en su conjunto, de índole didáctica. El Primero se ajusta mejor a los métodos hebreos tradicionales, al trazar su historia heroica y apologetica, aunque acuse el influjo de los procedimientos griegos. El segundo es de carácter más helenístico, prefiere las descripciones paréticas, con ánimo de conmover y de edificar, con amplias concesiones a lo maravilloso y a las amplificaciones oratorias y a las reflexiones personales. En ambos, a pesar de sus diferencias estilísticas, predomina la idea religiosa y los dos dan fe, con las mejores garantías, de los sucesos históricos de una época atormentada en que se ventilaba la supervivencia de un pueblo y estaban en juego sus valores espirituales y morales. En todo caso, es preciso interpretar dicha historia, teniendo en cuenta la postura y los procedimientos de cada escritor, que es lo que interesa sobre todo a los expositores <sup>104</sup>.

## LA HISTORIOGRAFIA DEL NUEVO TESTAMENTO

Es evidente que la literatura religiosa neotestamentaria es en su mayor parte histórica, hasta el punto de que su contenido de carácter histórico gira en torno a dos temas fundamentales sobre hechos bien reales y concretos: por un lado, la persona de Jesucristo, figura central de los Evangelios y también de la fe cristiana y, por otro, el origen de la Iglesia y la vida de las primitivas comunidades cristianas. Es decir, los Evangelios y el Libro de los Hechos, junto con los datos esporádicos de la literatura epistolar. Los problemas en torno a cada grupo son distintos, como diversa es su relación con el misterio de la fe.

Si las características globales del Nuevo Testamento se parangonan con las del Antiguo es preciso parar mientes en el hecho de que estos libros nacieron en una época en que es evidente la transformación del medio ambiente en lo social, en lo cultural y en lo religioso <sup>105</sup>. El pensamiento helenista había calado ya muy hondo en todas las capas sociales de Palestina, más aún en los centros urbanos y

<sup>104</sup> J. STARCKY, "Les livres des Maccabées": *Bible de Jerusalem*, Paris 1961, 13-34; A. LEFEVRE, "Los libros de los Macabeos": *Introducción a la Biblia I*, Barcelona 1965, 688, 691-692.

<sup>105</sup> R. COHEN, *La Grèce et l'hellénisation du monde antique*, Paris 1939; G. BARDY, "Hellenisme": *Dictionnaire de la Bible. Supplement VII*, 1.442-1.482; C. K. BARNETT, *The N. T. Background: Selected Documents*, London 1956; A. TRIGOT, "La civilización helenística": *Introducción a la Biblia II*, Barcelona 1965, 41-45.

cultos y sus escritores no sólo hablaban y escribían en griego, sino que pensaban en griego y obedecían a otros sistemas redaccionales, aún cuando escribieran sin pretensiones literarias. Por otra parte, las realidades a historiar y las instituciones nacientes exigían un lenguaje peculiar, por tratarse de una nueva formulación de conceptos e ideas de gran hondura teológica.

La cuestión de la historicidad de los Evangelios es un problema de crítica literaria, sobre el que no podemos, ni debemos extendernos en este lugar<sup>106</sup>. Son bien conocidos los esfuerzos de ciertos sectores racionalistas por socavar el valor histórico de los Evangelios. La "historia de las formas"<sup>107</sup> en el pensamiento de Dibelius, Bultmann, etc., aunque tenga ciertos elementos aprovechables, ha llevado a evidentes exageraciones<sup>108</sup>, tanto respecto del valor de las fuentes de tradición y de los procedimientos redaccionales, como en la aplicación concreta a los Evangelios de las "formas de historia" a cada una de las cuales le corresponde diverso grado de verdad, e incluso ninguno, como en los cuentos, relatos milagrosos, leyendas, mitos, dichos y comentarios. Muchos esfuerzos han derrochado por "desmitizar" los Evangelios. Es preciso estudiar y contrastar el valor de las fuentes, pero con seriedad y serenidad desapasionada. Es indudable que la síntesis de la predicación apostólica, como la intención de los evangelistas, se centra en recoger, aunque sea con criterio selectivo, los recuerdos de la persona histórica de Jesús y que para ellos es el mismo y único personaje el Cristo de la historia y el de la fe<sup>109</sup>. La oposición o separación entre los dos supuestos Cristos, es absurda y artificial.

Suelen considerarse como documentos históricos de primera mano las epístolas paulinas y los pasajes de los Hechos en que se usa la primera persona<sup>110</sup>, lo

<sup>106</sup> E. OSTY, *Les Evangiles synoptiques*, Paris 1948; ID., *La formation des Evangiles synoptiques et Formgeschichte*, Bruges-Paris 1957; X. LEON-DUFOUR, "Los evangelios sinópticos": *Introducción a la Biblia II*, Barcelona 1965, 149-170. Para más abundante bibliografía: A. WIKENHAUSER, *Introduzione al Nuovo Testamento*, Brescia 1966.

<sup>107</sup> X. LEON-DUFOUR, *Los Evangelios Sinópticos*, en *Introducción a la Biblia*, Barcelona, 1965, II 2821303. Buen estudio informativo y crítico sobre la "historia de las formas" en A. WIKENHAUSER, *Introduzione al Nuovo Testamento*, Brescia 1966, 227-246.

<sup>108</sup> X. LEON-DUFOUR, *Los Evangelios Sinópticos*, o. c. II, 162 donde enjuicia el método y sostiene que "el método literario empleado conserva su vigor, mas, por razón de sus límites, no puede llegar ordinariamente a conclusiones positivas de no historicidad". Lamenta ciertos brotes de dogmatismo racionalista y cita, como ejemplo estas frases entresacadas de las obras de R. Bultmann: "Ya no podemos conocer el carácter de Jesús, su personalidad... No hay ni una sola de sus palabras cuya autenticidad se pueda demostrar". "Estimo que lo que podemos saber de la vida y de la personalidad de Jesús es, como quien dice, nada".

<sup>109</sup> X. LEON-DUFOUR, "Jesus-Christ et l'historien": *Bulletin du Comité des Études*, 1961, 367-360.

<sup>110</sup> J. DUPONT, *Les sources du livre des Actes*, Bruges-Paris 1960, 73-107. L. CERFAUX, "Valor histórico de los Hechos": *Introducción a la Biblia II*, Barcelona 1965, 330-338.

cual no quiere decir que no deban ser estudiados a la luz de la crítica literaria e histórica. Las restantes secciones de los Hechos, consideradas como de segunda mano, requieren sin duda mayor atención por su carácter y variedad<sup>111</sup>. Hay que tener siempre en cuenta la índole de las fuentes utilizadas y la finalidad religiosa intentada por cada redactor. La aplicación concreta a cada pasaje encierra nada leves dificultades que han de salvar con objetividad y destreza los críticos investigadores.

Tanto en los Evangelios como en los Hechos y en las Epístolas, aunque contengan elementos históricos, la historia está como sobrepasada por otras realidades que distan mucho de ser secundarias: dogmáticas, morales, espirituales, litúrgicas, etc. Muchas veces se desprenden tales intenciones didácticas, aunque los métodos literarios sean muy diversos de los nuestros e incluso diferentes entre sí. Quiere ello decir que la historia y las enseñanzas se entrelazan y se completan, distando mucho de ser formas netas e independientes. Por lo tanto, ni el género histórico excluye el didáctico, ni al contrario. Las relaciones entre lo didáctico y lo histórico no se regulan por normas concretas y uniformes, por lo que su uso ofrece infinidad de variantes que deben estudiarse y solucionarse por separado. No es preciso desnaturalizar la historia, sacrificándola en aras del magisterio didáctico, ni éste pierde nada, si el género histórico es correctamente interpretado. El arte está en descubrir los convencionalismos redaccionales bajo los que se esconden la historia y la doctrina<sup>112</sup> con lo que suele denominarse finura de espíritu, propio de los muy familiarizados con el alma de los escritos neotestamentarios.

Esto que, sin duda, parece y es una complicación, es también un privilegio particular y característico de la Biblia, ya que, por ejemplo, el Nuevo Testamento contiene la historia de Jesús, auténtica y verdadera, aunque no completa, ni organizada sistemáticamente, entreverada de enseñanzas teológicas y morales, lo que en conjunto constituye el misterio de Jesús, o sea, que la vida, las actuaciones, las palabras, la muerte del Salvador, su Resurrección, etc., incluyen un misterio que supera con mucho la fuerza y el valor de una experiencia humana, capaz de ser captada por la historia, por encerrar ésta unos valores que refuerzan y exaltan su sentido.

Tratándose de un caso único de historia, por constituir una categoría especial, la exégesis bíblica necesita aplicar sus propias normas, literarias, críticas, históricas, etc., no las de otras disciplinas, como las dogmáticas, canónicas o filosóficas que disponen de otros medios interpretativos muy diversos. Nunca será inútil

<sup>111</sup> L. TROCMÉ, *Le livre des Actes et l'histoire*, Paris 1957, 154-214.

<sup>112</sup> *Instructio de historica Evangeliorum veritate*, firmada por Benjamín N. WAMBACQ, O., Consultor ab Actis, en Roma a 21 de abril de 1964 y publicada en el *Osservatore Romano* el 14 de mayo de 1964. Puede verse también publicada en *Introducción a la Biblia* de A. ROBERT-A, FEUILLET, II, Barcelona 1965, 166-170.

situarse en un punto de mira correcto, estrictamente escriturario, como garantía de acierto y de eficacia.

Colocados en esta justa perspectiva que rebasa ambiciosamente las fronteras de la historia, se comprende sin esfuerzo que no deban quedar al margen de la exégesis bíblica contemporánea los Santos Padres y Doctores de la Iglesia que, si trabajaron en condiciones de inferioridad, por lo menguado de su caudal lingüístico, literario, crítico, etc., lo compensaron en ocasiones con atisbos geniales e intuiciones maravillosas, ya que no en vano fueron ingenios de extraordinaria fuerza que dejaron la impronta de sus poderosas inteligencias en todos sus escritos. Por eso, aunque no dieran con fórmulas adecuadas que tampoco eran reclamadas por las necesidades y las circunstancias históricas de aquellos tiempos, para evitar colisiones entre las enseñanzas divinas y humanas, lo que a priori se les antojaba imposible, tuvieron como contrapeso una increíble veneración a la Biblia, un contacto asiduo y religioso con los libros santos, alimentando su vida sacerdotal y apostólica con las doctrinas reveladas, especialmente las evangélicas, de manera que, salvando la corteza de las expresiones humanas y de la historia sagrada, adivinaron las intenciones didácticas de los hagiógrafos y captaron interesantes aspectos del mensaje divino.

De ahí que no sean justas las actitudes actuales, desdeñosas o despectivas, que recusan en conjunto la exégesis patristica, por estimarla en todo o en parte caducada o superada por los modernos métodos de investigación, cual si nada tuviera que decir ni aportar a las generaciones del presente momento.

Nuestra correcta postura de estima y respeto hacia la patristica, a pesar de los inmensos avances de nuestra época, se basa en razones objetivas, históricas y teológicas, sincronizadas con las orientaciones de la Iglesia que insiste reiteradamente en el retorno al estudio del pensamiento escriturario de los Santos Padres, como poderoso auxiliar de la exégesis bíblica de ayer, de hoy y de siempre: León XIII<sup>113</sup>, Benedicto XV, ponderando los méritos de San Jerónimo<sup>114</sup>, Pío XII<sup>115</sup> y sobre todo la Constitución dogmática "*Dei Verbum*" del Concilio Vaticano II<sup>116</sup>.

#### CONFIRMACION DE LA DOCTRINA EXPUESTA POR LA CONSTITUCION DOGMATICA "DEI VERBUM" DEL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

La Constitución Dogmática "*Dei Verbum*", *Sobre la divina revelación* (que

<sup>113</sup> *Ench. B.* 88, 91-96.

<sup>114</sup> *Ench. B.* 444-495.

<sup>115</sup> *Ench. B.* 564-566.

<sup>116</sup> *Concilio Vaticano II*, BAC., Madrid 1956, 159-180.

en el primer esquema se titulaba "De las fuentes de la divina revelación" <sup>117</sup>), uno de los documentos más trascendentales del Concilio Vaticano II, tuvo ya su historia, dramática y apasionada, incluso antes de nacer. La temática general y su estrecha relación con las cuestiones bíblicas y dogmáticas que flotaban en el ambiente, invadiendo todos los estamentos teológicos, escriturarios e incluso populares de la Iglesia Católica y de las confesiones protestantes, provocaron un clima de expectación y de interés que se tradujo en cooperación masiva y apasionada, fuera y dentro del Concilio, para dar con la expresión justa y equilibrada del pensamiento de la Iglesia en torno a los problemas más actuales y vitales sobre la divina revelación y las fuentes de la misma, señaladas y descritas por el Concilio Tridentino.

El 23 de enero de 1959 anuncia Juan XXIII su resolución de convocar un Concilio. Del 17 de mayo de 1959 al 5 de junio de 1960, período antepreparatorio, se requiere y se logra la cooperación, en forma de sugerencias y propuesta de temas, de las entidades más representativas de la Iglesia. El período preparatorio articula las comisiones de estudio sobre los diversos temas, desde el 5 de junio de 1960 hasta el 11 de septiembre de 1962.

Durante esta etapa previa llegan a la Comisión más de un centenar de proyectos, de todas las partes del mundo, relacionados con la problemática escrituraria. A base de ellos se redacta el primer esbozo que a fines de 1961 se transforma en esquema de Constitución que luego sufre correcciones y retoques hasta ser distribuido, previa aprobación del Papa, en julio de 1962.

El 11 de julio del mismo año se inicia la primera etapa conciliar y el segundo tema discutido es el de la revelación, con la intervención de 104 oradores en el debate, dibujándose dos tendencias en evidente contraste. Así lo confirmó la votación exploratoria, pronunciándose 1.368 Padres por el aplazamiento del debate, mientras que 822 optaban por su continuación. El mismo Papa decidió que se retirara el esquema y que una nueva comisión se encargara de reelaborarlo.

El 23 de abril de 1963 se repartió el nuevo esquema que provocó miles de sugerencias y de observaciones que dieron pie para una remozada redacción del proyecto, terminada a mediados de 1964. Este texto fue discutido en el aula conciliar, durante la tercera etapa, del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1964 con la intervención de 69 oradores.

Las abundantes sugerencias sobre defectos y posibles mejoras apuntadas por los Padres determinaron y consiguieron nuevos retoques del esquema, antes de ser distribuido al terminar la tercera etapa, es decir, a mediados de 1965. Surgieron nuevas advertencias y precisiones, algunas de las cuales fueron incorporadas a la redacción definitiva, propuesta a votación el 29 de octubre de 1965 y apro-

---

<sup>117</sup> Const. Dogm. *Dei Verbum*. En este caso, como en lo sucesivo, seguimos la versión de la edición bilingüe *Concilio Vaticano II*, BAC, Madrid 1966.

bada por 2.081 votos contra 27. El 18 de noviembre se votó en sesión pública, logrando 2.344 votos favorables y seis contrarios y Su Santidad Pablo VI la promulgó solemnemente.

No ofrecemos estas notas informativas tan sólo a título de curiosidad, sino para persuadirnos de que, si todos los actos conciliares y sobre todo las resoluciones adoptadas, llevan el sello de la seriedad, la ponderación y la madurez, esta Constitución dogmática "*Sobre la divina revelación*" fue elaborada trabajosamente con el esfuerzo masivo y personal de la mayoría de los Padres conciliares y de sus eminentes colaboradores, las personalidades más destacadas dentro de los sectores teológico y escriturario. Al fin, cristalizaron las opiniones que parecían tan distantes y hasta encontradas, en un cuerpo de doctrina que satisfizo a todos, por haber aunado la precisión y la ductibilidad, y que refleja el sentir católico, ampliamente aireado en Revistas y estudios especializados, como espejo fiel de la mente de la Iglesia, sin mengua de sus ambiciones ecuménicas y pastorales.

Cabe afirmar en conjunto y al socaire de los hechos, que las investigaciones, prolijas y apasionadas de biblistas y de teólogos, durante los últimos veinticinco años, en lo que tienen de positivo y de científico, han sido refrendadas de manera solemne y eficacísima por el Concilio Ecuménico Vaticano II que de modo providencial confiere estabilidad y solidez peculiares a ciertos principios básicos de la exégesis contemporánea que, tras un período de conatos generosos por parte de los más y de los mejores, irrumpe ahora en el campo exegético de la mano del Concilio que ha dicho, por el momento, la última palabra de la Iglesia en torno a los más interesantes problemas escriturarios. Quedan en el aire no pocas cuestiones, dejadas a la libre discusión de los hombres, en espera de que sean estudiadas y esclarecidas con la reflexión y la investigación perseverantes, las directrices de la propia Iglesia y la ayuda invisible, pero decisiva, del Espíritu Santo.

Sólo nos proponemos recordar aquellos puntos doctrinales que se refieren al tema que hemos desarrollado, siendo los más dignos de nota los siguientes:

#### I. SOBRE EL HECHO Y LA NATURALEZA DE LA INERRANCIA.

III, 11: Tras reafirmar la inspiración y canonicidad de los Libros sagrados del Antiguo y del Nuevo Testamento, enseña:

“Como todo lo que afirman los hagiógrafos, o autores inspirados, lo afirma el Espíritu Santo, se sigue que los Libros sagrados enseñan sólidamente, fielmente y sin error la verdad que Dios hizo consignar en dichos libros para salvación nuestra”.

No sólo apoya el viejo concepto de inerrancia, formulado de manera negativa, sino que destaca, de modo positivo, que los libros sagrados nos enseñan con

solidez y fidelidad la *verdad que Dios quiso consignar en ellos en orden a nuestra salvación*. Sobre este último inciso insistiremos más abajo.

## II. EL OBJETO FORMAL DE LA VERDAD DE LA BIBLIA ES LA REVELACIÓN DEL MISTERIO DE SALVACIÓN.

Así se dice expresamente en I, 2: Quiso Dios manifestar a los hombres el misterio de su voluntad. Realizó la revelación por obras y palabras; las obras que Dios realiza en la *historia de la salvación* manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio.

“La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda la revelación”.

I, 3-4: El Antiguo Testamento prepara la revelación evangélica que culmina en Cristo.

I, 6: “Por medio de la revelación Dios quiso manifestarse a sí mismo y sus planes de salvar al hombre, para que el hombre se haga partícipe de los bienes divinos, que superan totalmente la inteligencia humana”.

Por tanto, la verdad que nos enseña la Biblia y que nosotros debemos buscar en ella, es la *verdad bíblica*, no la filosófica, científica, histórica, etc., sino la verdad que guarda relación con el plan de salvación querido y realizado por Dios y en orden a este designio han de inquirirse las intenciones de Dios y del hagiógrafo, autores de la Escritura. Es un principio fecundo el centrar todas nuestras indagaciones en el conocimiento de la “verdad salvífica” de Dios. Doctrina, no por olvidada nueva, ya que el mismo Concilio señala sus antecedentes, bien remotos por cierto, citando como fuentes las terminantes expresiones de San Agustín<sup>118</sup> y de Santo Tomás de Aquino<sup>119</sup>.

<sup>118</sup> *De Gen. ad Litt.* II, 9, 20, PL. 34, 270: Habla de la forma o figura del cielo y comenta: “Multi enim multum disputant de iis rebus, quas maiori prudentia nostri auctores omiserunt, ad beatam vitam non profuturas discentibus”. Y termina: “Breviter dicendum est de figura coeli hoc scisse auctores nostros quod veritas habet; sed Spiritum Dei, qui per ipsos loquebatur, noluisse ista docere homines nulli saluti profutura”. *De actis cum Felice Manich.* I, 10, PL. 42, 525; “Non legitur in Evangelio Dominum dixisse: Mitto vobis Paracletum qui vos doceat de cursu solis et lunae. Christianos enim facere volebat, non mathematicos”.

<sup>119</sup> *De veritate* q. 12, a. 2 “Unde omnia illa quorum cognitio potest esse utilis ad salutem sunt materia prophetiae, sive sint praeterita, sive futura, sive aeterna, sive necessaria, sive contingentia. Illa vero quae ad salutem pertinere non possunt, sunt extranea a materia prophetiae”. Cita a San Agustín y recuerda el texto de Jo. 16, 13: Cum venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem, y añade: Glossa (interlin.) *saluti necessariam*.

### III. PRINCIPIO BÁSICO DE EXÉGESIS: EL CONOCIMIENTO DE LA INTENCIÓN DIDÁCTICA DE LOS AUTORES SAGRADOS.

Es inspirado y verdadero lo que ellos quisieron decir y en averiguarlo debemos cifrar todos nuestros esfuerzos. Ya lo había dicho Pío XII en la Encíclica "Divino afflante Spiritu" <sup>120</sup>, pero lo recuerda y actualiza la Constitución Dogmática "Dei Verbum" con otras palabras:

III, 12: "Dios habla en la Escritura por medio de los hombres y en lenguaje humano, por lo tanto, el intérprete de la Escritura, para conocer lo que Dios quiso comunicarnos, debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras".

A continuación desciende la Constitución al terreno práctico y apunta algunos elementos de indiscutible transcendencia.

### IV. VIGENCIA Y VALOR DE LOS "GÉNEROS LITERARIOS".

Tampoco es nueva esta doctrina, pero gana categoría y universalidad con las apreciaciones del texto conciliar:

III, 12: "Para descubrir la intención del autor, hay que tener en cuenta, entre otras cosas, "los géneros literarios". Pues la verdad se presenta y se enuncia de modo diverso en obras de diversa índole histórica, en libros proféticos o poéticos, o en otros géneros literarios. El intérprete indagará lo que el autor sagrado dice e intenta decir, según su tiempo y cultura, por medio de los géneros literarios propios de su época. Para comprender exactamente lo que el autor propone en sus escritos, hay que tener muy en cuenta el modo de pensar, de expresarse, de narrar que se usaba en tiempo del escritor y también las expresiones que entonces se usaban en la conversación ordinaria".

### V. EXÉGESIS DE CONJUNTO Y PUNTOS FUNDAMENTALES DE REFERENCIA.

III, 12: "La Escritura se ha de leer con el mismo Espíritu con que fue escrita: por tanto, para descubrir el verdadero sentido del texto sagrado, hay que tener muy en cuenta el contenido y la unidad de toda la Escritura, la Tradición viva de toda la Iglesia, la analogía de la fe".

### VI. LA REVELACIÓN DEL PLAN SALVÍFICO DE DIOS SE REALIZA EN LA ESCRITURA DE MODO GRADUAL, PROGRESIVO Y ARMÓNICO.

I, 2: Cristo es la *plenitud* de toda la revelación.

I, 3: Mediante la revelación a nuestros primeros padres y a los

<sup>120</sup> *Ench. B.* 557.

Patriarcas “se fue preparando a través de los siglos, el camino del Evangelio”. En otros términos:

IV, 14: “La economía de la salvación, anunciada, contada y explicada por los escritores sagrados, se encuentra, hecha palabra de Dios, en los libros del Antiguo Testamento”.

IV, 15: “El fin principal de la economía antigua era preparar la venida de Cristo, redentor universal y de su reino mesiánico, anunciarla proféticamente, representarla con diversas imágenes. Los libros del Antiguo Testamento, según la condición de los hombres antes de la salvación establecida por Cristo, muestran a todos el conocimiento de Dios y del hombre y el modo como Dios, justo y misericordioso, trata con los hombres. Estos libros, aunque contienen elementos imperfectos y pasajeros, nos enseñan la pedagogía divina”.

V, 17: Se pondera la excelencia del Nuevo Testamento: la Palabra de Dios se hizo carne, habitó entre nosotros y estableció en la tierra el reino de Dios. El misterio de Cristo fue revelado en el Nuevo Testamento con mayor claridad que en otras edades. “De esto dan testimonio divino y perenne los escritos del Nuevo Testamento”.

#### VII. ORIGEN APOSTÓLICO DE LOS EVANGELIOS.

V, 18: “Todos saben que entre los escritos del Nuevo Testamento sobresalen los Evangelios, por ser el testimonio principal de la vida y doctrina de la Palabra hecha carne, nuestro Salvador”.

“La Iglesia siempre ha defendido que los cuatro Evangelios son de origen apostólico. Pues lo que los Apóstoles predicaron por mandato de Jesucristo, después ellos mismos con otros de su generación lo escribieron por inspiración del Espíritu Santo y nos lo entregaron como fundamento de la fe: el Evangelio cuádruple, según Mateo, Marcos, Lucas y Juan”.

#### VIII. VALOR HISTÓRICO DE LOS EVANGELIOS.

V, 19: “La santa madre Iglesia ha defendido siempre la historicidad de los Evangelios; es decir, que narran fielmente lo que Jesús, el Hijo de Dios, viviendo entre los hombres, hizo y enseñó realmente hasta el día de la Ascensión. Después de este día, los Apóstoles comunicaron a sus oyentes esos dichos y hechos con la mayor comprensión que les daban la resurrección gloriosa de Cristo y la enseñanza del Espíritu de la verdad”.

#### IX. FUENTES DE LOS EVANGELIOS Y USO DE LAS MISMAS.

V, 19: “Los autores sagrados compusieron los cuatro Evangelios escogiendo datos de la tradición oral o escrita, reduciéndolos a síntesis, adoptándolos a la situación de las diversas Iglesias, conservando siempre el estilo de la proclamación: así nos transmitieron datos auténticos y genuinos acerca de Jesús. Sacándolo de su memoria o del testimonio de los “que

asistieron desde el principio y fueron ministros de la palabra”, lo escribieron para que conociéramos la “verdad” de lo que nos enseñaban”<sup>121</sup>.

### CONCLUSION

“Todo lo que se contiene en la Biblia es verdadero”. Lo es también su historia que es palabra de Dios. Para entender correcta y científicamente dicho postulado, se ha recorrido, desde el siglo XIII hasta nuestros días un camino largo, a veces tortuoso y siempre erizado de dificultades. Por fortuna, han quedado al margen de la contienda intelectual los sistemas filosóficos, los conceptos de historicidad puramente humana y las posturas apologéticas que se situaron en plano equivocado, como si la Biblia fuera un libro más en el concierto de las ciencias o de las obras literarias. La verdad de la Escritura, aunque siga llamándose *inerrancia*, ha de estudiarse y de entenderse con arreglo a su propia naturaleza, derivada del hecho histórico y dogmático de su inspiración. Con ello, no sólo salen ganando la Escritura y la Hermenéutica, sino también la teología y la apologética que, de modo racional y científico, se liberan de muchos problemas adyacentes y hallan camino ancho y abierto para dar con el contenido de la revelación y de la fe.

La exégesis bíblica, cada vez más abastada de medios y rica en erudición, investiga de modo directo la verdad que Dios consignó en la Escritura, en orden a nuestra salvación, por medio de los escritores humanos. Su sentido literal depende de la intención de ambos, a la que podemos y debemos llegar analizando los géneros literarios que determinan el cauce por el que nos llega el mensaje divino, rebotante de valores religiosos y enmarcado en el conjunto de toda la revelación. Enfocando así nuestros propósitos, enlazamos con la tradición patristica, secundamos las directrices de la Iglesia y captaremos la finalidad eminentemente religiosa y salvadora de la Biblia.

P. DICTINIO RODRÍGUEZ BRAVO, O. S. A.

---

<sup>121</sup> En el momento de terminar la redacción de nuestro estudio, nos llega un interesante artículo sobre el mismo tema. I. DE LA POTERIE, “La vérité de la Sainte Ecriture et l’histoire du salut d’après la Constitution dogmatique “Dei Verbum””: *Nouvelle Revue Théologique* 88 (1966) 149-169. Dicho artículo se publicó también, traducido al castellano en *Hechos y Dichos* 361, febrero de 1966. Un resumen o condensación del mismo puede verse en *Selecciones de Teología* 6 (1967) 162-170.